

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el extranjero: 20 rs. trimestre.—En 17-
trimestre: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Payll-Baillere, Oñesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

TELEGRAMAS.

AMSTERDAM, 2.

El corsario chileno, blindado, *Independencia*, fragata armada de 30 cañones, ha entrado en Río Escant, se dice que con el objeto de enterarse de los buques recientemente salidos.

NEW-YORK, 24 de Enero.

Habiendo entrado algunas tropas americanas compuestas de negros en el territorio mejicano, el ministro de Estado Mr. Seward ha mandado hacer una severa investigación y castigar á los delincuentes con todo el rigor de la ordenanza militar.

El algodón está á 50.
En el Canadá ha estallado una viva agitación promovida por los fenianos; estos piden la anexión del Canadá á los Estados Unidos.

NEW-YORK, 24.

El general Mejía ha edificado fortificaciones entre el Río y Matamoros; estas dominan á Brownsville. Después mandó avisar al general americano Weitzel, que en caso de ataque por parte de los americanos mandaría romper el fuego.

VERACRUZ, 15.

Se han mandado tropas de aquí para echar de Bajad á los soldados negros que ocupan ilegalmente dicho pueblo, puesto que pertenece al territorio mejicano.

PARIS, 2.

Hoy al cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza á 225; el 3 por 100 portugués á 48 0/0; el cambio sobre Lisboa á 639; el 5 por 100 italiano á 62-05; el crédito territorial francés á 1312; el crédito mobiliario francés á 832; el español á 422; el ferro-carril de Sevilla á Jerez á 50; y el del Norte de España á 175.

En Amsterdam quedaban hoy el 3 por 100 español á 34 1/8 y en Amberes á 33 1/2.

PARIS, 3.

En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 34 1/8; el exterior, á 00 0/0; la diferencia, á 00 0/0; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés, á 68-50, y el 4 1/2, á 98-60.

LONDRES, 5.

Los consolidados ingleses quedaban de 36 3/4 á 7/8.

Segun vamos en el *Semanario de los devotos de María*, á un periódico religioso de Francia escriben de Horpmael (Balgica) lo siguiente:

«Os será grato el saber que nuestro difunto Rey Leopoldo ha muerto como cristiano, y que ha debido en gran parte esta dicha á la piadosa Princesa María Enriqueta, nuestra Reina actual. Esta digna hija de María Teresa, que reemplaza á nuestra Santa María Lucía de Francia, después de haber conculgado con un fervor extraordinario, fué al Palacio Real, y penetró, á pesar de la prohibición, en el cuarto del augusto moribundo. Ella le trajo á la memoria la santa muerte de María Lucía, su Real esposa. Le recordó las palabras que el mismo Leopoldo había proferido en aquella triste ocasión: «Su muerte es santa como su vida; yo desearé á todos los impíos á que asistan, si pueden, impuneamente á una muerte tan santa.»

Estas fueron las palabras de Leopoldo; palabras que ahora le recordó con admirable oportunidad la Princesa. Animada esta ilustre señora al ver que este recuerdo era recibido con benevolencia por el moribundo Rey, le puso al cuello una medalla de la Inmaculada Concepción, rezó los actos de la y el acto de contrición, á todo lo que respondió el moribundo por medio de suspiros y por repetidas señales de afirmación; por último, besó el Crucifijo que él mismo con mano trémula y desfallecida tomó de las de la Princesa, y le estrechó contra su corazón. Así es como murió nuestro querido Rey. ¡Dios tenga piedad de su alma!»

Se asegura que Mazzini ha sufrido una derrota muy significativa en Nápoles en las últimas elecciones allí verificadas, pues en el segundo distrito por donde se presentó candidato, empleando para triunfar los mayores esfuerzos, no obtuvo más que tres votos, segun resultó del escrutinio.

El Padre Santo se ha dignado conferir al Príncipe de Corsini la gran cruz de Pio IX.

Las ofrendas recogidas por el Tyd, bajo el concepto de aguinaldos para Pio IX, ascendían al recibo de las últimas cartas de Amsterdam á 200,000 francos. Esta suscripción extraordinaria nada tiene que ver con la colecta del *Dinero de San Pedro*, celebrada en Holanda, á razón de una florin por cada cien católicos, en un semestre.

Los principales órganos de la prensa francesa cuentan de existencia las siguientes fechas: *La Gaceta de Francia*, diario legitimista, 123 años.—*El Monitor*, periódico oficial, 77.—*El Constituyente*, imperialista, 51.—*El Charivari*, satírico, 35.—*El Siglo y La Prensa*, democrático, 31.—*La Patrie*, imperialista, 26.—*La Union*, católico, 20.—*El País*, imperialista, 18.—*La Opinion Nacional*, democrática, 8.—*El Mundo*, católico, 7.—*El Tiempo*, democrático, 6.—*La Francia*, imperialista, 5.—*El Porvenir Nacional*, *La Epoca* y *La Libertad* están en el segundo año de su publicación.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 5 DE FEBRERO DE 1886.

EL PRESBITERO SR. CASTRO en la Academia de la Historia.

ARTÍCULO V.

Creemos haber probado en el precedente artículo que el segundo período en que divide el Sr. Castro la historia de la Iglesia española, á saber, desde la invasión de los árabes hasta el siglo XI, no se caracteriza como el autor supone, por la unidad de la disciplina; réstanos indicar hoy los errores de doctrina en que incurra al sostener su tesis; pues á la verdad, por más que esta fuese histórica y filosóficamente falsa, si á los principios que constantemente estamos defendiendo en *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* no afectasen los errores del Sr. Castro, el respeto debido al sagrado ministerio que ejerce, hubiera contenido nuestra crítica.

Mas no lo vemos así desgraciadamente, y tanto en esta como en la parte anterior de su *Discurso*, tropezamos á cada paso en indicaciones y especies que no suenan bien en nuestros oídos, que consideramos peligrosísimas, por lo mismo que salen de la pluma de un Sacerdote, catedrático de la Universidad central.

Concretándonos al segundo período, la necesidad de querer dar algún viso de verdad á su poco meditado tema, le obliga á presentarnos en rapidísimo vuelo una reseña histórica de la Iglesia española desde sus primeros tiempos hasta el siglo XI, que parece trazada con el doble objeto de apuntar ideas temerarias y recordar hechos gratos sólo á los enemigos de la Religión, y todo ello con ese sistema de contradicciones y de olvido de la sana crítica que verdaderamente caracteriza la manera de tirar y aflojar, de insinuaciones y frases atrevidas acompañadas de correcciones postizas y meticolosas, que se observa, no ya solo en este, sino en algunas otras obras del Sr. Castro.

Presentaremos cual de costumbre y como es deber nuestro después de lo que acabamos de decir, las pruebas de esta aserción. Al principio la reseña histórica de la Iglesia española, dice: «Desde los tiempos de los Apóstoles, estuvo de hecho unida con la Iglesia romana, y de derecho, desde los concilios de Nicea y Sardica (pág. 27).»—Inexacto é inductivo á error. De hecho y de derecho la Iglesia de España estuvo siempre unida á la Iglesia romana, y sino, no hubiera sido Iglesia católica. El derecho no data del Concilio de Nicea, sino desde que Jesucristo instituyó la Iglesia dando á San Pedro y á sus sucesores Primado de honor y jurisdicción, y ya en el siglo II oponía San Ireneo á los herejes la tradición de la Iglesia romana, sosteniendo que toda la Iglesia debía estar de acuerdo con esta por su preeminencia y Primacia.

Siguiendo la narración, vuelve el autor á tratar de la Iglesia gótica, repitiendo las vulgaridades mil veces contestadas sobre la caída de los Papas Honorio, Liberio y Vigilio, dando muestras de no estar á la altura de la crítica moderna en cuestiones de historia eclesiástica. Impertinente y prolijo sería entrar en ellas, después que con tanta maestría las han tratado Hewron, Beaufort, Rochbaker y aun Alzog en su *Compendio de historia general*, sacándolas de ese estado de vulgaridad á que las quiere tornar el Sr. Castro.

En la imposibilidad material de seguir al autor paso á paso, trasladando aquí toda su obra y señalando los errores que comete en cada página, vamos á limitarnos á copiar una sola en esta segunda parte, para que el lector pueda deducir por ella como estarán las demás, y cuán prolijos tenían que ser nuestros comentarios, siguiendo este sistema.

Hablando de los esfuerzos que el Papa San Gregorio VII hizo para uniformar la disciplina y corregir las costumbres del siglo XI, dice:

«Desde el Concilio de Nicea se había impuesto á los Clérigos la ley del celibato. Su observancia, aunque generalizada, no estaba, sin embargo, lo bastante para que dejase de ser precaria, atendido el estado de penuria de los Clérigos. Porque, declárase cuanto se quiera, la vida moral se desenvolverá siempre al nivel de las condiciones de la vida material. Los señores feudales Eclesiásticos eran ricos, más el resto del Clero vivía pobremente.

«Por estar necesitada la Iglesia en los primeros tiempos, y ser insuficientes las obligaciones de los fieles para el mantenimiento de los ministros, les fué permitido el trabajo mecánico y el comercio. No nos atreveríamos á asegurar que en el siglo XI hubiera desaparecido semejante situación. Lo que sí podemos afirmar, es que la condición del que trabaja

«mecánicamente para vivir demanda una mujer propia quien le economice los productos de su trabajo, hijos á quienes transmitir sus ahorros y una patria que le ampare en la posesión pacífica de los unos y en el respeto debido á los otros. Para arrancar al clérigo de una vez de su patria, digámoslo así, de su propiedad y de sus hijos, á fin de que no tuviese más patria que Roma, más propiedad que el cielo, ni más hijos que sus feligreses, era de todo punto indispensable mantenerlo, y que la Iglesia fuese propietaria, no individual, sino corporativamente, para que tomando lo necesario, diese el remanente á sus verdaderos hijos, los pobres. El diezmo, que empezó la Iglesia á reivindicar en Europa, vino afortunadamente en auxilio de este pensamiento. Era además de rigurosa justicia que los Eclesiásticos recibiesen su potestad, no del Señor de quien eran feudatarios, sino de la Iglesia, de la que eran ministros por ordenación divina. Tan atrevida fue la revolución, permitásemela la palabra, que se propuso llevar á cabo el gran Pontífice Hil-debrando.»

Vamos por partes.—La vida moral se desenvolverá siempre al nivel de las condiciones de la vida material.

«Es esta proposición conforme con las máximas evangélicas, con el espíritu cristiano que busca y ama la pobreza, no sólo la pobreza de espíritu, esto es, el desapego á las cosas terrenas, generalmente hablando, sino la pobreza material? ¿Está conforme esta proposición con la filosofía y la historia que nos muestran como en la pobreza se purifica el alma, y como en la vida pobrísima de los desiertos y los monasterios se ha elevado la vida intelectual y moral á su más alto grado de perfección? ¿Está siquiera de acuerdo el autor consigo mismo?—Juzguenlo nuestros lectores. En la página 25 había dicho: «Se cuenta en la historia de individuos á quienes las grandezas y los honores no han mudado las costumbres; no se habla, que sepamos, de ninguna clase ni corporación, siquiera sea religiosa, que con los mismos honores y grandezas no se haya lastimosamente relajado.»

En la página 25 viene á decir que puede haber individuos á quienes las grandezas y honores no corrompan; más no clases ni corporaciones; y en la pág. 36 afirma terminantemente que la vida moral se desenvolverá siempre al nivel de las condiciones de la vida material, esto es, que cuanto más rica sea la clase eclesiástica ó del Clero, que es de quien está hablando, más morigerada será.

«¿Cuándo dice verdad el autor? ¿En la pág. 25 ó en la 36? Ni en una ni en otra. Ambas proposiciones, á pesar de la contradicción que implican, son falsas en el sentido absoluto en que están expresadas, y la primera de la pág. 25 si por corporación religiosa puede llegar á entenderse la Iglesia, merecería una calificación muchísimo más fuerte. Equivaldría á decir que la Iglesia corporación religiosa, una, santa, y cuya santidad es de fé, se ha relajado lastimosamente con los honores y grandezas.

Por lo demás, lo que dice acerca del celibato es enteramente falso. La observancia de esta ley era constante en España. Los clérigos visigodos católicos, todos, todos eran célibes. Así es que con los Concilios III y IV se habla siempre en este sentido. A los mismos Sacerdotes arrianos convertidos al Catolicismo se les obligó á separarse de sus mujeres. El que hubiera algunas infracciones dolorosas, hijas de la debilidad, entonces como ahora no prueba que la ley del celibato no fuese disciplina general admitida desde el siglo IV, cuanto más en el XI á que parece que el Sr. Castro hace referencia.

Pero dirá el autor que la página que hemos copiado habla de la Iglesia en general, no de la particular de España. Pues bien, si á la Iglesia general se refiere, podemos argüirle: dos líneas más abajo del párrafo arriba copiado, dice que todas las otras iglesias, la de Francia, Italia y Alemania desde los Carolingios, la de Inglaterra desde los normandos están más identificadas que la española con la disciplina de Roma. El hecho es también falso; porque aun refiriéndonos como el autor se refiere á la liturgia, la Iglesia de Francia que ha conservado hasta este siglo tenazmente su liturgia y algo de la disciplina, no estaba más uniformada que España.

Pero admitiendo el hecho ¿qué podrá deducirse de él? Que si las iglesias identificadas con la disciplina de Roma estaban relajadas y la española no, con disciplina propia, lo que hay que tener es disciplina como la española y no como la de Roma. Véase á dónde conducen las falsas apreciaciones históricas del autor, que se va haciendo más notable por lo que cae y encubre, que por lo que dice y explícitamente afirma.

«No nos atreveríamos á asegurar que en el siglo XI hubiera desaparecido semejante si-

tuación.» (La de ser permitido á los Clérigos el trabajo mecánico y el comercio.)

Es muy extraño que no se atreva á esto el Sr. Castro, que á tantas otras cosas se atreve. Si recordara la historia y disciplina eclesiástica vería que en el Concilio I de Tarragona, celebrado en 516, se prohibió ya el tráfico á los Clérigos, cánones 1.º y 2.º, y este Concilio forma parte de la colección antigua de cánones en España.

Dejemos á un lado la apreciación de si el que trabaja mecánicamente necesita mujer propia, hijos, etc., porque esto á la verdad nos importa poco para el objeto de estos artículos; pero no podemos menos de remitir al autor á la *Economía política* de Mr. Perin, donde se prueba que las grandes obras de agricultura y de industria en la Edad media se deben á las corporaciones religiosas de monjes seguramente célibes; pero ¿de dónde ha sacado el autor, Presbítero y ex-claustro, segun creemos, que la Iglesia quiere arrancar al clérigo de su patria, á fin de que no tenga más patria que Roma y que este pensamiento que no ha existido nunca, ha traído el de que la Iglesia sea propietaria, no individual, sino corporativamente? ¿No es esto burlarse del sentido común y de la historia?

San Jerónimo hablaba ya del Diezmo diciendo que los católicos no habían de ser más ruines en esta parte que los judíos. Los Diezmos, como prestación obligatoria, databan del siglo VI. ¿Cómo dice el Sr. Castro que se introducían hacia el siglo XI, pues por entonces (en tiempo de San Gregorio) empezaba la Iglesia á reivindicarlos? Otro dilata histórico y canónico.

En las últimas líneas del párrafo embrolla el Sr. Castro la famosa cuestión de investiduras. Los Eclesiásticos recibían la potestad y jurisdicción temporal del superior en el orden civil, y la eclesiástica, de la Iglesia. Bien sabían los Emperadores que no debían potestad espiritual; la cuestión versaba acerca de la forma de las investiduras en lo temporal.

Todo esto, y más que esto, puede notarse en un solo párrafo. Juzguese cuál será la obra.

Todo esto, sin embargo, que es mucho para un escritor católico y sobre todo para un escritor Presbítero y catedrático de historia, no debe de ser lo que el autor tenga que decir. Oigámonle:

«Así como la historia al realizarse obedece á leyes históricas permanentes, así al escribirse está sometida á reglas de método y de oportunidad inalterables. Una de ellas es que la independencia para juzgar los hechos en cada época, es relativa á la libertad individual de ejecutarlos y á los adelantamientos de investigación sobre estos mismos hechos. Bajo tal supuesto se comprenderá que fallan entre nosotros ámbas á dos cosas, y que nada más debemos decir sobre el particular, sino que á la publicación del edicto de Gregorio VII sobre el celibato, en Maguncia, en Passau y Constanza el Clero se subleva, se reúne tumultuariamente en asambleas, amenaza á sus Prelados y desobedece.»

O mucho nos equivocamos ó el Sr. Castro manifiesta aquí, después de los graves errores que insinúa, que aun no se encuentra en condiciones de poder decirlo todo.

El Sr. Castro es catedrático de historia de la Universidad central: ¿dirá sobre el particular en la cátedra, libre de censores, lo que en la Academia no puede decir?

F. NAVARRO VILLOSLADA.

Nada nuevo podemos comunicar hoy á nuestros lectores respecto de la importante cuestión del Pacífico. El último correo ha venido, al parecer, muy pobre de noticias de nuestra escuadra, en términos que podemos decir que estamos como estábamos antes de que aquel llegase. Podemos abrigar muy buenas esperanzas de que á estas horas nuestros heroicos marinos habrán vengado la captura de la *Covadonga*; pero no hay el menor indicio que confirme los brillantes triunfos de la *Resolución* y la *Blanca* anunciados diferentes veces con los pormenores más dignos de crédito.

Y no es extraño que estemos en tal incertidumbre respecto á sucesos que deben tener lugar á cuatro mil leguas de distancia, cuando en las cosas que se suponen que pasan á las inmediaciones de nuestra Península reina igual ó mayor oscuridad. Merced al prodigioso número de medios de ilustración que ha puesto en nuestras manos la moderna civilización, sabemos á estas horas menos que el primer día acerca del número, calidad y nacionalidad de los corsarios que se dice que navegan por nuestros mares.

Han hablado de corsarios chilenos y de monitores chilenos ó peruanos, llegando hasta asegurarse que los primeros estaban á la vista del

cabo de San Vicente, y que los segundos tuvieron que entrar de arribada en puertos ingleses por efecto del enorme peso de su artillería y planchas; pero bien apurada la verdad en medio de tanta noticia contradictoria como se lee en los periódicos, lo único que parece indudable es que salió de los puertos ingleses con dirección, segun se cree, á nuestras costas un buque acorazado con bandera peruana, el cual tuvo que arribar al puerto de Brest, en la costa de Francia.

Sobre si el Gobierno francés había ó no dado órdenes para impedir la salida de dicho buque, tampoco han estado acordes las noticias recibidas días atrás; mas hoy, segun lo afirman los órganos ministeriales de España, parece que el Emperador Napoleón no quiere que recaigan sobre su Gobierno las mismas sospechas de que se ha hecho digna Inglaterra por su conducta, y es un hecho que Francia rotundamente en Brest la fragata peruana *Haascar*, hasta tanto que se resuelva el conflicto que ha empezado entre España y el Perú por un rompimiento de relaciones diplomáticas.

Aprovecha esta ocasión un diario ministerial para ponderar la benevolencia con que nos trata desde hace algunos años el Emperador vecino, y que forma contraste con la conducta más que sospechosa del Gobierno inglés en varias cuestiones que recientemente ha tenido España en el exterior. En honor de la verdad, no puede negarse que entre el comportamiento de Francia é Inglaterra para nuestra nación, hay en efecto alguna diferencia que haría muy poco honor á una nación que gozase de buen concepto. Pero porque sea más noble y leal la conducta de Francia, no encontramos justificado el entusiasmo de nuestros unionistas. ¿No ha recibido también y acaso espera recibir muy singulares favores de nuestro Gobierno? Todo tiene su compensación.

Los armadores de la costa de Cantabria lo mismo que los catalanes, solicitan del Gobierno la expedición de patentes de corso. Segun *El Espíritu Público*, el sábado se presentó al general O'Donnell una comisión de diputados catalanes los cuales manifestaron que sólo deseaban saber á qué atenerse para no producir en Cataluña una nueva crisis interrumpiendo su tráfico de comercio; que el Principado estaba dispuesto á todo género de sacrificios patrióticos para ayudar á este, y á cualquiera Gobierno, á que, á costa de los pueblos, defendiera nuestro honor patrio; que Cataluña podía iniciar la suscripción nacional para que, recabando fondos, se emplearan en blindar buques y adquirir monitores. Segun parece, el presidente del Consejo de ministros contestó:

«Que se habían dado órdenes terminantes al capitán general de la isla de Cuba para que inmediatamente comprara en los Estados Unidos los monitores que se necesitaran; que estaban artilladas nuestras costas; que dos buques de guerra vigilaban la entrada del Estrecho de Gibraltar; que Francia, cumpliendo con los sagrados deberes de las naciones que se estiman, no consentiría que sus puertos fueran asilo de nuestros enemigos; que aunque nuestro representante en el Perú había llegado á Madrid, el Perú no nos había declarado la guerra; que nada hay que temer en cuanto á sorpresa en nuestros puertos, porque estaban tomadas todas las medidas preventivas que el caso exige, y que los diputados catalanes podían asegurar á sus pederdantes, que el Gobierno vigila por los intereses de sus gobernados.»

Desde el sábado habíamos oído nosotros que el Gobierno había dispuesto que sobre las cajas de Ultramar se invirtiera una crecida cantidad para el aumento de nuestra escuadra, pero entonces como ahora se nos ocurrieron algunas dudas sobre la posibilidad de comprar en el extranjero los buques que necesitamos. Dicese que en los Estados Unidos se están reuniendo muchos buques sobrantes de las dos escuadras de confederados y federales, pero no olvidemos que el Gobierno de aquella República tiene hoy pendiente una grave cuestión con Inglaterra por haber dejado esta que saliesen de sus puertos uno ó dos buques que adquirieron los confederados durante la última guerra civil.

El Iruat-bat publica la siguiente carta, fecha 29 en Guayaquil, puerto el más importante de la república americana del Ecuador:

«Estamos abocados á grandes conflictos: parece que este Gobierno trata de hacer causa común con Chile; quizá antes de muchos días nos veremos los españoles obligados á buscar refugio en otra parte, como acontece con todos los que están establecidos en el Perú y Chile: por lo que no estarán tampoco seguros en puerto los buques si no salen pronto.

Estamos en una continua zozobra y angustia, amenazados, lo que nunca temíamos, de tener que emigrar de un modo violento con enormes perjuicios de intereses, debido todo á la poca previsión y acierto de nuestros hombres de Gobierno y á la falta absoluta de conocimientos prácticos de estos países para dar las instrucciones y disposiciones que son del caso si es que quieren hacer que se nos respete.

La cuestión es hoy gravísima para España, y de

su desenlace (que se considera remoto) depende el que desaparezca para siempre de estos países hasta la sombra de los intereses de los españoles que ha habido.

Una carta de un oficial de la fragata chilena *Esmeralda*, confirma el hecho de haberse acercado este buque á la *Covadonga* con bandera inglesa.

El Gobierno chileno, escaseando el número, había tomado varias determinaciones, y el ministro de Hacienda presentado al Senado un proyecto de ley para que los billetes que los Bancos emitan gocen de ciertos privilegios.

Los periódicos de Chile traen el siguiente parte oficial:

«Conceptión.—Diciembre 1.º de 1865.—El 29 del pasado á las nueve de la noche salió de la bahía de Talcahuano la fragata española *Resolución*, que bloqueaba los puertos de Talcahuano y Tomé, habiendo quedado de hecho levantado el bloqueo de esos puertos.

Dios guarde á V. S.—Anibal Pinto.

A. señor ministro del Interior.

Dos buques extranjeros, de trasporte, el *Colorado* y la barca *D. Baltasar*, cargados de carbon de piedra, se habían incendiado en la bahía de Valparaíso.

Hasta el 16 de Diciembre nuestras naves no habían tenido ocasión de restaurar la *Covadonga*.

El Sr. Osma, agregado militar de la embajada francesa en París, que fué encargado de llevar al general Pareja el *Memorandum* propuesto por Inglaterra y Francia, al saber la muerte de aquel general retrocedió en su viaje y ha llegado á París.

El *Eco del País* dice que tiene entendido que el Gobierno ha tomado las medidas convenientes para que antes de un mes tenga España dos fragatas de guerra blindadas.

El general de la Armada, Sr. Quesada, ha salido para el extranjero.

Asegura *La Epoca* que ha llamado la atención de algunas personas que no se hayan presentado ahora en el Senado los altos dignatarios de la Iglesia. «Cuando con motivo de la discusión del mensaje, añade dicho diario, se está tratando la cuestión de Italia, tan íntimamente enlazada con los intereses del Pontificado, espardeba que los Prelados españoles acudirían a ilustrar con su autorizada palabra los debates, y á intervenir con su voto en la resolución de un asunto al que se ha querido revestir de proposiciones en nuestro concepto exageradas.»

Bien será notar, antes de seguir copiando las conjeturas de *La Epoca*, las palabras con que declara la íntima conexión de dicha cuestión con los intereses del Pontificado, es decir, de la Iglesia y de la Religión establecida sobre aquella institución divina, piedra firmísima que nada puede conmover. Pero después de referir la extrañeza que supone la ausencia de los venerables Prelados, procura explicarla diciendo que «ahora se trata de un hecho consumado cuya apasionada censura, ofrecería tal vez más inconvenientes que ventajas.»

¡Pobre razón por cierto! El hecho del reconocimiento está consumado; pero en cambio, hálase pendiente el juicio del Senado acerca del ministerio que lo ha llevado á efecto. Ni es cierto que la censura que de tal hecho hicieran los Prelados hubiese de ser apasionada en el sentido que tiene esta palabra en las columnas de *La Epoca*. Este diario no conoce muy á fondo la materia que trata; ni es fácil que el liberalismo de *La Epoca* aine con los graves motivos que han inducido á nuestros Prelados á permanecer alejados del Parlamento.

A la verdad, la cuestión que ahora se ventila en el Senado, está ya más que debatida é ilustrada: los Prelados, que conocen mucho mejor que los que más, la cuestión de Italia, tan íntimamente enlazada con los intereses del Pontificado, la han ilustrado ya con sus escritos, y especialmente con sus elocuentes exposiciones; y así no necesitan repetir sus conceptos en el Senado. Por otra parte, según ha dicho últimamente, en esta Asamblea el señor ministro de Estado, «desde el momento en que S. M. se dignó abrir las Cortes, habíase dicho que la cuestión del reconocimiento era el campo de batalla que las oposiciones habían elegido para combatir al ministerio.»

Acaso en estas palabras hubiera podido *La Epoca* ver la clave para explicar el hecho á que se refiere. ¡Ah! los intereses del Pontificado están demasiado altos para servir de instrumento en manos de las oposiciones políticas accidentales que estallan entre nuestros partidos y fracciones; y los venerables sucesores de los Apóstoles por su parte, ajenos á las divisiones y rencillas de nuestros hombres de oposición y de gobierno, no han querido enaltecer con su presencia y autoridad una oposición que apenas tendrá un codo de elevación sobre el nivel de la política unionista, pegada hasta con la misma tierra.

Con este motivo vamos á decir una cosa que nos parece grande, pues que tiene visos de providencial. ¿Cómo se ha esforzado en probar, apoyándose en sólidos fundamentos, el ministro de Estado, que el ministerio moderado tenía en mente el reconocimiento del llamado reino de Italia que ahora con tanta elocuencia combate por boca del Sr. Seijas? Pues si entonces querían los moderados lo mismo que ahora impugnan, ¿no es por ventura de temer que entonces quisieran el reconocimiento para conservarse en el poder, y que ahora lo combatan para subir á él? Ciertamente que ahora in-

can contra la política del ministerio las cosas más bellas, más santas, el derecho, la conciencia, el espíritu religioso, en suma, todos los objetos sagrados del orden espiritual, y hasta sus símbolos venerandos; pero qué hicieron siendo ministros? ¡Ah! entonces faltó poco, les ha dicho el ministro de Estado, para que reconocieran lo que ahora execran, y así lo reconocieron en cierto modo implícitamente, *Curiamus*! Pero supongamos que la elocuencia de los moderados en pro de la Santa Sede sea sincera, que no pueda mirarse como una máquina política; supongamos que aceptamos como verdad real, y que nos complacemos en crear, singularmente refiriéndonos al Sr. Seijas: pero en este caso, ¿no es visiblemente providencial que estos señores se vean solos y desamparados de los Principes de la Iglesia, á quien estuvieron á punto de afligir, si es que no la afligieron amargamente con sus dudas y vacilaciones en un punto que ahora reputan por tan vital y tan íntimamente enlazado con lo más sagrado de la conciencia? No parece éste desamparo en que se ven los moderados en el Senado, el castigo de su debilidad, de su tibieza, de sus culpables condescendencias con la revolución?

Por lo demás, concluimos repitiendo que ni á la prensa en general ni á nosotros en particular, toca escrutar las razones que han movido á nuestros Prelados á no venir al Senado.

Es curiosa la siguiente manifestación que insertó ayer *La Reforma*:

«Podemos asegurar, dice, sin temor de ser por nadie desmentido, que el Sr. Ríos y Rosas no mantiene verdaderas relaciones políticas con *La Patria*, como á muchos hemos oído asegurar. El presidente del Congreso, no sólo es, por tanto, irresponsable de las doctrinas que este periódico pueda sostener, sino completamente extraño á la actitud que hoy y en cualquiera ocasión pueda haber adoptado.

Esta declaración importa mucho en las presentes circunstancias.»

Y tanto, cuanto que *La Patria* es, con *La Verdad*, el único periódico unionista que ha aplaudido los últimos proyectos del gobierno acerca de sociedades y de imprenta.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia el gravísimo documento que leyó antes de ayer tarde en el Congreso el Sr. Pérez de Molina.

Dice así: «Boletín oficial extraordinario de la provincia de Huelva, del lunes 22 de Enero de 1866.—Gobierno civil.—El comandante segundo jefe de carabineros de esta provincia, don Eusebio, me dice por escrito que acaba de recibir, que á las diez y media de la mañana del día 20 empezaban á entrar las fuerzas sublevadas en el vecino reino de Portugal por el pueblo de Barrancos, escoltándose aquel con una pequeña fuerza de las de su mando, para hacerse entrega de los efectos de guerra que dejasen.

Que no había ocurrido hecho alguno de armas, aceptando la proposición que le hiciera el general Prim, por medio de emisario, de que no quería derramarse sangre española.

Lo que me apresuro á publicar por medio de este Boletín extraordinario para conocimiento de los habitantes de esta capital y provincia. Huelva, 22 de Enero de 1866.—El gobernador, Francisco Sarmiento.»

El Sr. Pérez de Molina terminó diciendo: «No hago ninguna clase de comentarios...»

El corresponsal de *El Escudador* de Bilbao en esta corte, manifiesta en su última carta fecha 1.º del corriente, que empiezan á descifrar ciertos misterios respecto á la nueva actitud del gobierno, porque se adviene ya que el duque de Tetuán, al declararse decidido campeón de la política restrictiva, atiende á la salvación de las mas altas instituciones en la que ya envuelta la de todos los intereses del país.

«Si la situación es tal como desgraciadamente, añade, el general O'Donnell ha aceptado, con sus compañeros de Gabinete, el encargo salvador que se le supone, la Unión liberal puede creerse fuera del poder; porque no es ya ni puede ser exclusiva gloria de un partido el dar cima á una empresa en cuyo triunfo están igualmente interesados así los unionistas como los moderados; así los progresistas dinásticos como monárquicos puros.

Considerando así la cuestión, el ministerio se halla en un momento espectral, y sus actos no pueden juzgarse como los de un Gabinete de este ó del otro partido, sino como el escogido para librar la batalla contra la revolución por todos los medios y en todas las formas que crea convenientes, y en este concepto sus medidas no habrán de sujetarse á las reglas de conducta de un solo partido, sino que serán las que crea convenientes para el logro de su empeño.

O no hay lógica en el mundo, ó esto es declarar pura y simplemente que los partidos todos en que se fracciona el liberalismo son incapaces de gobernar ni de hacer nada bueno.

He aquí la enmienda presentada por D. Claudio Moyano y otros señores diputados á uno de los párrafos del proyecto de contestación al discurso de la Corona:

«El Congreso participa de la honda pena que la debido afectar el nombre de V. M. al habilitar las cuestiones de la Hacienda. Es muy cierto, Señora, que estas dificultades, que se agravan cada día, hacen temer para un tiempo muy próximo la completa ruina de nuestra agricultura y de nuestro comercio, ya por los estragos y ablatos, si no se acude muy pronto y con amigable resolución al oportuno remedio.

El único remedio está en la pronta y positiva nivelación entre los gastos y los ingresos públicos; y no siendo posible exigir mayores sacrificios á los pueblos, han agobiados hoy con el excesivo aumento de los actuales impuestos, el Congreso espera que vuestro Gobierno hará en el próximo presupuesto de gastos de 1866 á 67 una reducción que, no bajando de tres-

cientos millones de reales, establezca desde el ejercicio inmediato su verdadera nivelación con el de los ingresos. Sólo así, Señora, se repondrá nuestro crédito en el exterior y renacerá la confianza en el interior, elementos indispensables de la prosperidad de las naciones; y sólo en favor de la prosperidad podrán conjurarse los peligros de nuestro estado político, porque nada como el bienestar de los pueblos ablanda los peligros de trastornos y hace imposibles las revoluciones.

Palacio del Congreso.—Claudio Moyano.—José Reina.—Lorenzo de Santa Cruz y Múgica.—Nicolás Hurtado.—El conde de Xiquena.—Francisco Caballero.—Antonio Sánchez Millá.

También los Sres. Fagés, Højachs, Fabra, Delas, Barrio Ayuso, Illas y Medialdea han presentado la siguiente enmienda:

«Los diputados que suscriben proponen que el párrafo 5.º del proyecto de contestación al discurso de la Corona se enmiende redactándolo en los siguientes términos:

«Los representantes del país reconocen la necesidad de procurar todo el aumento posible en los ingresos del Erario, resultando seguramente asequible sin mayor gravamen de los contribuyentes, con tal que se adopten saludables medidas propias para establecer en la recaudación y administración de los impuestos, todas las garantías de moralidad, inteligencia y celo que son de apetecer.

No menos conveniente y de necesidad imperiosa considera el Congreso la introducción de severas economías en los gastos públicos, y se promete por lo tanto, que animado el Gobierno de V. M. de iguales sentimientos y propósitos, los pondrá sin demora en ejecución, ya reduciendo á las proporciones puramente necesarias al ejercicio personal en la administración en muchos de sus ramos, bajo reglas de estricta justicia, basadas en los servicios y merecimientos respectivos de los funcionarios, ya organizando las fuerzas militares de manera que facilite poner en pie de guerra en casos dados, las que requiere la defensa del país, y deje las de servicio activo en tiempos normales reducidas al número preciso para la conservación del orden público y el sostenimiento de los institutos especiales: todo con menoscabo de las garantías y porvenir á que tienen derecho los dignos defensores de la patria. Por estos medios conciliados con los proyectos que el Gobierno de V. M. medita y se propone presentar á las Cortes, confía el Congreso conseguir la apetida nivelación de los presupuestos del Estado, la consolidación del crédito público, y la resolución de las dificultades de la Hacienda.»

Dice *El Español*, diario moderado:

«Por lo demás, ¿quién no conoce al actual ministro de Estado? ¿Quién no comprende que es capaz de defender todas las causas, lo mismo que de cruzarse el pecho con las banderas que le envían Pío IX y Francisco II, colocándose debajo de la que recientemente le ha concedido Víctor Manuel?»

Pocos liberales conocemos que no sean capaces de otro tanto. Si no lo hacen, será... no por falta de ganas, sino por falta de banderas.

Leemos en una correspondencia del *Irurac-bat*: «Se asegura que los marinos van á promover al Gobierno un conflicto parecido al que promovieron cuando fué nombrado ministro de dicho reino el señor Ulloa. Dices que estando perjurado en el escalafón de su clase, el general Pizarro ha pedido que se le ponga en el puesto que le corresponde, y se añade que el Gobierno está conforme con esta petición, aunque no los otros generales de marina, que harán dimisión de los cargos que ocupan si el general Pizarro logra su objeto.»

Nos parecen inverosímiles todas estas noticias, por muy habilitados que estemos á pequeñeces.

He aquí la indirecta que dirige *La Razon Española* á *El Diario Español*, arcades ambo, esto es ámbos ministeriales:

«Conste, pues, que no hemos hecho otra cosa que dirigir al Gobierno amistosas advertencias, con la cual tenemos la presunción de haber cumplido más lealmente que los que han guardado un estudiado silencio, que sólo ha servido para poner de manifiesto su desagrado íntimo con su falta de valor para exponer con franqueza sus opiniones. Cuestión de forma, no de fondo, es lo que aquí se trata.»

Dice *La Gaceta*: «Por un olvido involuntario de copia de la expresión que en el encuentro ocurrido con los sublevados de la provincia de Tarragona el día 22 de Enero último, el teniente de la Guardia civil, D. Saturnino Loeches y Senra, rompió el fuego con cuatro guardias, y avanzó con denuedo y bizarría en la guerrilla hasta terminar la acción, siendo distinguidos los servicios que en ella prestaron los demás guardias civiles que formaban parte de la columna de ataque.»

El brigadier Dr. José Inestai, gobernador militar de Logroño, fué ayer acometido puñal en mano y herido, aunque no de gravedad, en el hipocóndrico derecho y en la mano izquierda por Agustín Legaz y Ugaldé, natural de Bilbao, y separado del servicio en Septiembre del año anterior en virtud de sentencia de Consejo de guerra por el delito de insubordinación y de subterfugio del regimiento infantería de Valencia. La seriedad del brigadier Inestai, que luchó á brazo partido con el agresor hasta que consiguió desarmarle, le libró de la muerte. El agresor se halla sometido á la acción del tribunal competente.

Dice *La Epoca*: «Tenemos motivos para creer que todos los jefes de Palacio, sin excepción, votarán al lado del Gobierno en las cuestiones relativas á la contestación del discurso del Trono.»

Las anteriores líneas pertenecen textualmente á *La Correspondencia* de España. Nosotros, encontrando natural que los señores, á quienes se alude voten con el Gobierno que merece la confianza de la Corona, creemos que sería mejor que semejantes noticias no seieran anticipadamente en la prensa.

Dice un periódico: «Desde el año 1830 al 1866 se han concedido por la Corona diferentes títulos de Castilla. Según datos estadísticos, resulta que en todo ese tiempo la aristocracia española se ha aumentado con ocho duques, sesenta marqueses, veintiocho condes, veintinueve vizcondes y siete barones.»

Y sin embargo, los liberales, que son los agraciados, seguirán hablando de igualdad y otros excesos.

La comisión encargada de dar dictámen al Senado sobre el proyecto de ley de reuniones, celebró ayer su primera sesión, que ha sido larga y animada, prolongándose hasta las tres de la tarde, hora en que se disolvió la reunión, no sin acordar que la comisión, antes de dar dictámen, necesitaba oír las explicaciones del Gobierno de S. M.

Habiéndose ausentado de la plaza de Alcalá de Henares el ayudante del batallón provincial á que da nombre aquella ciudad, D. Alvaro Carazo y Grancha, y de esta corte el comandante D. José Lagunero, á quienes se está procesando por la capitania general por el delito de sedición, se les llama, cita y emplaza por los diarios oficiales, señalándoles las prisiones militares de esta capital para que se presenten en el término de nueve días.

En la sesión del 30 de Enero de la Cámara de diputados de Portugal ha tenido lugar un incidente relativo á los sublevados españoles.

El Sr. Sant'Anna obtuvo la palabra para un asunto urgente y dijo que era objeto de comentarios la conferencia celebrada por el marqués de Niza con el ministro del reino, porque se suponía que el fin de la misma era saber si había alguna dificultad en el alojamiento de los oficiales emigrados en su casa, y por que habiéndose manifestado á consecuencia de esta entrevista al coronel Campos, que podía entrar en Lisboa, se le ha intimado después para salir de aquella capital y dirigirse á uno de los depósitos designados por el Gobierno para los emigrados. Añadió que no atribuya en manera alguna la sospecha de que el Gobierno portugués tuviese intención de molestar á perseguir á los emigrados; que tenía completa confianza en las señoras ministras; pero que creía deber provocar una declaración oficial acerca de lo que se había hecho con el Sr. Campos.

El señor ministro de Obras públicas declaró que existía la mayor armonía entre el Gobierno portugués y el español; que este no había ejercido ninguna clase de presión sobre aquel; que el primero consideraba como un deber el tributar á los emigrados españoles todas las consideraciones que requiere el derecho de gentes para evitar conflictos; y por último, que si se había tomado alguna resolución respecto del expresado oficial, fué porque, vigilados los emigrados por fuerzas portuguesas, como corresponde, el señor Campos se había ausentado de donde estaba, sin licencia.

Los señores ministros de Hacienda y del Reino entraron en el salón y confirmaron en todas sus partes las explicaciones dadas por su compañero á nombre del Gobierno; después de lo cual se aprobó una proposición del Sr. Riveiro para que la Cámara, satisfecha con lo expuesto, pasase á la orden del día.

El Excmo. é Ilmo. señor Obispo de Lugo ha dispuesto celebrar órdenes generales en la cuarta semana de Cuaresma. Los aspirantes presentarán hasta el 10 del corriente mes sus solicitudes en la secretaría de Cámara, acompañadas de la partida de bautismo y certificado ó documento de la edad.

El Excmo. é Ilmo. señor Obispo de Jaén ha dispuesto celebrar órdenes generales en las próximas temporadas. Los pretendientes tienen veinte días de término, á contar desde 1.º de Febrero, para presentar solicitudes.

De *El Leon Español* tomamos textualmente las siguientes líneas:

«Dice *A Revue de Setembro* que Prim y su gente salieron de Barrancos el 25; el 26 estuvieron en Moura; el 27 en Serpa, y el 28 en Beja. En esta última población; el general se hospedó en casa de D. Mariano Sousa y los oficiales en varias otras. Ha ido mucha gente á Beja á esperar á los emigrados. Son 1,014 los que hay en Portugal, entre ellos 95 oficiales y 919 soldados.

«Los emigrados españoles que estaban en Oporto salieron de allí el 28. En Pombal quedarán 25 oficiales y el resto de la fuerza, ó sean 205 oficiales y 274 soldados irán á Villafraña.

Todos estos días ha ido mucha gente al Ferreiro do Paco á esperar al general Prim, más el conde de Reus no ha llegado ni es posible saber de cierto el día de su venida, que por otra parte no depende de su voluntad.»

Los discípulos de Caco, que continuamente están agitando el ingenio para el desarrollo de su peligrosa industria, han descubierto un nuevo medio de robar, que tiene ciertos puntos de semejanza con el ardid de los pescadores de caña al colocar el cebo al lado del anzuelo. Consiste el medio á que nos referimos en verificar conveites para el teatro del modo indirecto que puedea ver nuestros lectores.

He aquí el caso: «Al abrir un carterón en el último día festivo la puerta de su despacho, recogió del piso de su tienda cuatro billetes de teatro, cuyo hallazgo celebró con uno de sus vecinos por metódico no desperdiciar la fortuna que por debajo de la puerta se le había entrado. Por la noche fué al teatro acompañado de su milita, y cuando terminado el espectáculo regresaron á su casa, al intentar abrir la puerta, cedió ésta por tan leve empuje, ofreciéndose la dolorosa verdad de que le habían robado. Los cacos habían descerrajado un hueco en el que conservaba sus ahorros, llevándose el metlico que tenía y alguna prenda de vestir. No fue poca fortuna la del carterón haber comprado y pagado el día anterior algunos carros de combustible.

Según «*El Siglo Médico*», durante el mes de Enero continuaron los frios, las heladas y los vientos del primero y cuarto cuadrante; más desde que comenzó Febrero, habiendo cambiado los vientos al S., al S-E., y al S-O., el temporal templó, poniéndose húmedo, revuelto y lluvioso. La columna barométrica concilió algunas oscilaciones, como era consiguiente, con la variación indicada.

ractorísticas del invierno. Así es que hay bastantes afecciones catarrales y reumáticas, calenturas de la misma índole y estrictas, erisipelas, anginas, fluxiones á la boca y oídos, dolores nerviosos, algunas hemorragias de los órganos supra-estomacales, neurosis del tubo digestivo, y algún caso que otro de flagelación de las pleuras y de los pulmones, que se curaron felizmente con el método anti-flogístico.

Las defunciones fueron escasas, y casi todas debidas á afecciones crónicas de los órganos contenidos en la cavidad vital.

El arquitecto de Hacienda y Fomento, Sr. Jareño, ha evacuado ya el informe facultativo que le había sido pedido sobre si podían alojarse en la antigua casa del Platero, donde estuvo el Tribunal de Cuentas, algunas de las fuerzas militares que hoy ocupan el ex-convento de San Martín. El señor Jareño, después de haber hecho un escrupuloso reconocimiento y haber señalado las ligeras obras con las que la antigua casa del Platero puede quedar convertida en un sólido y lujoso edificio, ha informado asegurando que pu den alojarse desde luego en dicho edificio con toda comodidad hasta un batallón y doscientos caballos, con lo que podrá quedar evacuado el ex-convento de San Martín y emprenderse en este las obras de la Bolsa, tribunal de Comercio y dirección de la Deuda, obras que deben dar de comer á gran número de operarios hoy sin trabajo.

ULTIMA HORA

SENADO.

Se ha tomado en consideración la proposición del señor marqués del Duero pidiendo que se reforme el reglamento en el sentido de que no se permitan más que dos discursos en la discusión de la contestación al de la Corona, uno en pró y otro en contra.

El señor marqués de Miraflores ha usado de la palabra para alusiones personales, declarando que, en su concepto, la ocasión de resolver la cuestión de Italia llegaría cuando no hubiese nada que temer respecto á la seguridad del territorio que ha quedado al Sumo Pontífice, y que mientras tanto España debía haber esperado con dignidad y con lágrimas en los ojos libre de todo compromiso con Italia.

Al salir de la tribuna, dejamos al Sr. Seijas usando de la palabra para rectificar.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE.

Sesión celebrada el día 3 de Febrero de 1866.

Se abrió á las dos y cinco minutos, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Senado quedó enterado de que los señores condes de Santisteban y duque de San Carlos se escaudaban de asistir á las sesiones por hallarse enfermos.

ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

El Sr. PRESIDENTE: El señor ministro de Estado tiene la palabra.

El señor ministro de ESTADO (Bermúdez de Castro): Señores senadores, grande es la responsabilidad que pesa en este momento sobre mí al tomar á mi cargo la defensa del Gabinete en la enmienda presentada por mi digno amigo el Sr. Seijas de la manera que habéis oído en la sesión anterior, pues no se trata de discutir una cuestión concreta, sino que todos los señores lo habrán oído, como yo lo he oído, durante una porción de días, desde el momento que S. M. se dignó abrir las Cortes, que esta cuestión del reconocimiento de Italia era justamente el campo de batalla que las oposiciones habían elegido para combatir al actual ministerio.

Vosotros, señores senadores, habéis leído la enmienda y habéis visto los términos absolutos con que se condena el hecho en la forma, tiempo y oportunidad en que se ha llevado á efecto; habéis oído también el elocuente discurso del Sr. Seijas, y habéis visto que, después de largas consideraciones y de una resolución minuciosa de la manera con que se había formado el reino de Italia, en la última parte de su discurso, en que tenía la obligación de probar si había sido útil, conveniente y oportuno el reconocimiento, su señoría lo omitió todo. Si yo logro, señores senadores, demostrar que el reconocimiento se ha hecho cuando debía hacerse, y que se ha verificado con todas las precauciones que exigía la posición de España, creo que el Senado se convencerá de que todo cuanto en la enmienda se dice viene á quedar reducido á lo que vulgarmente se llama entre nosotros una táctica parlamentaria.

El Sr. Seijas, como antes he indicado, hizo una historia minuciosa respecto á la formación del reino de Italia, en la que no hay para qué seguir á S. S.; lo sabe todo el Senado, y seguramente no hay que ir á buscar en antiguos cronicones. Pero yo entiendo que cuando uno toma á su cargo el narrar sucesos, debe ser fiel narrador, y me parece que S. S. ha olvidado importantes consideraciones, y entre ellas el que ese suceso se ha verificado en nombre de la nacionalidad italiana y contra los extranjeros que estaban dentro de aquel territorio y chocaban contra sus usos, sus costumbres y su idioma.

S. S. no ha podido olvidarse de la dominación austriaca que antes del año 48 se ostentaba, puede decirse, hasta la misma Gerdña; y yo, sin ocuparme en dar la razón á unos y á otros, no puedo menos de recordar que el duque de Toscana estuvo en Solferino, que allí combatió y fué vencido como los austriacos, del mismo modo que el duque de Módena, y que el único que había querido conservar su neutralidad fué abandonado completamente por el mismo Gobierno austriaco en el tratado de Villafranca, justamente por no haber querido tomar parte en favor de sus armas; consideraciones todas que es preciso agregar á las espuertas por el Sr. Seijas; para poder formar juicio acerca de esa importante cuestión.

Vea, pues, el Senado, de qué manera ha expresado S. S. los sucesos, no comprendiéndose por otra parte que con esta historia retrospectiva puede dirigirse al ministerio actual, porque se trata en este de una política á la cual hemos sido completamente extraños, y sobre la que hemos concurrido siempre una perfecta libertad de apreciación. Sin que se comprenda mejor tampoco qué es lo que pretendía probar S. S. en la larga disertación que hizo sobre el derecho público europeo, que examinó desde su origen, como no sea probar que la Europa entera estaba fuera del derecho y que sólo se encontraba dentro de él el Sr. Seijas y

los amigos que de su opinión participaban, pero contra las opiniones de S. S. hay un hecho grande y positivo; y es, que todas las naciones de Europa, una tras otra (no hablo de Austria que se encuentra en circunstancias particulares) han hecho ese reconocimiento, y lo mismo ha hecho la América, y muchos hechos podrían citarse en contraposición á lo que su señoría sostiene en esta parte, pues tenemos la convención francesa, con la cual trató España, como trató con el Imperio; con la dinastía que sucedió á la rama mayor de los Borbones, igualmente que con la república del año 48, y después con el Imperio que también se reconoció, cuyos ejemplos y los de todas las naciones del mundo, algo deben probar á los ojos del Sr. Seijas para hacerle ver que los movimientos y cambios que se verifican dentro de los Estados no están sujetos del modo que S. S. quiere á las reglas de ese derecho tan absoluto.

Pero S. S., que tantas citas nos hizo de autores nacionales y extranjeros en apoyo de su opinión, bien podía haberse hecho cargo por completo de los documentos, y hubiese visto que con ese reconocimiento no se prejuzgaban los derechos ajenos ni las cuestiones que con motivo de ellos se debatían, haciéndose las oportunas indicaciones en lo relativo al Sumo Pontífice, pues se decía que el Gabinete de Florencia debía comprender las obligaciones que nos impone nuestra situación de Potencia católica.

Examinó S. S. cierta negociación que se verificó en el año 61, cuya iniciativa atribuyó á mi digno amigo el señor marques de Miraflores, en lo que padeció una lamentable error; esa negociación fué iniciada en Setiembre de 1860 por el Sr. Calderón Collantes cuando apenas se acababa de constituir el reino de Italia, dirigiendo una nota á las Potencias católicas, á fin de que tomasen en consideración la situación del Sumo Pontífice; no correspondieron, por desgracia, estas á la iniciativa del Gobierno español; durante este tiempo, el señor marques de Miraflores había sido nombrado embajador en Roma por el Gobierno que entonces presidía el señor duque de Tetuán.

Yo profeso, señores, en absoluta doctrina, y es que no hay empleado público, por alta que sea su categoría, que pueda tener iniciativa propia ni jactarse de haber hecho jamás otra cosa que la que le ordenó el Gobierno á quien sirve, y así como sólo al Gobierno atribuirá cualquier falta que pudiera cometerse, por una consecuencia lógica á él habrá de dejarse el lauro que pudiera resultar.

En el expediente de que S. S. nos hablaba ayer, habré visto que principia por un despacho del señor marques de Miraflores, de 2 de Marzo de 1861, en el que se mani esta que el Gobierno del Sumo Pontífice le había pedido el auxilio y cooperación de España en vista de los acontecimientos, extendiéndose en otras consideraciones que demuestran, que ni aun la iniciativa de dirigirse á las demás Potencias en el año 61, formulando una sola nota colectiva, á la que no quiso agregarse más que una sola, correspondiente al embajador de España, siendo de notar que hay una segunda nota en la que el señor marques de Miraflores dice que la España nada puede hacer por el Rey de Nápoles ni por la duquesa de Parma, lo que S. S. decía, comprendiendo bien la situación é intereses de los países respectivos, demostrándonos de este modo que no hubiera caído en el extremo de que nos habla el señor Seijas respecto á ir hasta la guerra, lo que en mi concepto hubiera sido una desgracia.

Otras consideraciones exponía el señor marques de Miraflores, según puede verse de sus comunicaciones, entre las que se encuentra una muy grave, respecto á que la Santa Sede debía conservarse ajena á las negociaciones, con lo que las negociaciones de este asunto tuvo por conveniente añadir S. S., indicando que la Santa Sede cometería una falta grave en no permanecer á la expectativa, para lo que alegaba los peligros que de obrar de otra manera podían resultar; y precisamente hay un párrafo que creo necesita alguna explicación, que es el que se refiere á la doctrina de la infalibilidad de los Papas, la que S. S. parece llamar una exigencia de los ultramontanos. Aquellas negociaciones no dieron resultado alguno, y si me he ocupado de ellas ligeramente, ha sido con el objeto de rectificar las apreciaciones del señor Seijas sobre este punto.

Continuaron en el mismo pie que estaban durante los años de 62, 63 y parte del 64; y bueno sería saber cómo es que el señor marques de Miraflores, cuando fué presidente del Consejo de ministros y ministro de Estado en el año 63, no hizo nada para tratar de resolver esa cuestión, y si es que entonces quería conservar el *status quo*, y según me parece manifestó el otro día, preciso es tener en cuenta que ese estado era igual é idéntico al que existía en el año 61, y por consiguiente, no sé cómo S. S. no se dedicó con toda asiduidad á tratar de poner remedio á ese estado de cosas; y por cierto que los demás Gobiernos que sucedieron al presidido por el señor duque de Tetuán, nada hicieron absolutamente en esa cuestión; y no se explica esa inercia, esa indiferencia, si se atiende á lo que hoy se nos dice, pues al ministerio del señor marques de Miraflores sucedió el del Sr. Arrazola, que dejó enteramente olvidada la cuestión de Roma, sin duda porque tendría otras atenciones más perentorias que llamarían su atención. Siguió el del Sr. Mon, de cuya época solo he podido encontrar una Real orden, si bien ha visto multitud de despachos en esas épocas que demuestran que nuestros agentes diplomáticos en el exterior procuraban tener al Gobierno al corriente de lo que ocurría. No puedo dudar de que serían leídos con suma atención, pero no hay resolución alguna sobre ellos.

Pasaron aquellos tres ministerios y entró en el poder el presidido por el señor duque de Valencia. La opinión pública iba siendo algo favorable á aquel reino, que se había colocado en mejor situación, dando garantías de orden; había ocurrido ya la batalla de Aspromonte é inspirado mayor confianza á Europa. Yo no puedo presentar aquí pruebas escritas; pero sí por una serie de inducciones lógicas hacer ver al Senado que el ministerio presidido por el señor duque de Valencia, y del que formaba parte el señor Seijas, tenía en su mente reconocer el reino de Italia. (El Sr. Seijas Lozano. Nunca.) S. S. dice que no, y en ese caso tendría que deducir la consecuencia triste de que aquel ministerio no tenía conciencia de lo que quería respecto á ese asunto.

Cuando se formó ese ministerio acababa de tener lugar el tratado de 15 de Setiembre. Era ministro de Estado mi amigo el Sr. Llorente, y apenas llegaba á su noticia el tratado, se apresuraba á pedir datos de

todo género al Sr. Isturiz, y no pasó mucho tiempo sin que se dirigiese dos despachos de suma importancia, en los que se consignaba la idea de quedarse en una perfecta libertad de acción para adoptar el camino que fuera más conveniente á los intereses de España, y seguramente para no reconocer el reino de Italia; si esa era la idea del Gobierno, no necesitaba insistir tanto como lo hacía en la necesidad de conservar la libertad de acción; no había más que decir, no se reconocía esa libertad de acción; no podía ser, pues, para otra cosa que reconocerlo ó no reconocerlo, según pareciese conveniente.

Poco tiempo después, y cuando llegaron á abrirse las Cortes, se dió una nueva prueba de lo que acabo de indicar; los señores senadores recordarán las palabras que el Gobierno puso en los augustos labios de S. M. respecto á los negocios de Roma y de Italia, reducidas á decir que cuando esos asuntos llegasen á una situación definitiva, el Gobierno los miraría bajo el punto de vista que la más exacta prudencia aconsejase, sin menoscabo del respeto y del amor filial, con lo que dice el párrafo referente á este punto. El acta para que se necesitaba hacer esta protesta de antemano no podía ser el no reconocimiento del reino de Italia, esa protesta sólo podía tener aplicación para el caso en que se creyese conveniente reconocerlo.

Tuvo lugar la discusión en el Senado lo mismo que en el Congreso; la oposición, que la formaba entonces la Unión liberal, se ocupó de la cuestión de Roma, y en ella el Sr. Benavides, que era entonces ministro de Estado, manifestó que el Gobierno no estaba en el caso de decir si se reconocía ó no el reino de Italia, añadiendo que no podía empeñarse para el porvenir en una política que entonces no podía conocer; y tal era la conciencia íntima que aquel Gobierno tenía, y tales eran los deseos de resolver la cuestión, que por las palabras que salían de sus labios se conocía perfectamente, yéndose mucho más allá de lo que ahora se ha hecho; y esto puede verse en el discurso que se pronunció contestando al diputado Sr. Alarcón, que lo reconocía por haber llamado á Turín capital de Italia cuando ya lo era Florencia, en el que se decía que no se podía dudar de que se había declarado capital á Florencia; pero que la capitalidad no estaba trasladada todavía; por eso se hablaba de la corte de Turín, pues si bien el derecho estaba de parte de Florencia, el hecho era que todavía la capital se encontraba en Turín, haciendo otras observaciones sobre este punto; y dejó ya á la ilustración del Senado que juzgue después de visto ese discurso, si no es el reconocimiento más explícito, claro y terminante que pueda oírse de boca de un ministro.

Oigo decir que precisamente lo que se hizo fué retirar el encargado de Negocios; pero lo que hubo fué que esas palabras quizá no sentaron bien á los partidarios de aquel ministerio, que hubieron de alarmarse, y entonces se fingió una enfermedad y se le dió una licencia que no había pedido. Por lo demás, esa política de querer reconocer y no reconocer, de querer retirar al encargado y no se retira, haciendo lo que acabo de indicar, es muy cómoda para tener el derecho de poder hablar sobre lo que se haga después.

El Senado recordará que el Sr. Seijas pidió los documentos que habiesen mediado con motivo de la dimisión del embajador de París, Sr. Mon, y el que estaba en Roma, Sr. Pacheco, reclamando con insistencia unos despachos, escritos unos por el Sr. Mon y otros por el Sr. Pacheco, de los que, desde el momento en que S. S. los reclamó, me pareció que había de hacer caso omiso de ellos, porque eran contraproducentes, y desde luego se habrá observado que de cuatro despachos del Sr. Mon, relativos á la cuestión de Roma, apenas se ha hecho cargo el Sr. Seijas de alguna que otra expresión de uno de ellos, relativa á que Francia había dicho que desaba los adhiérense al tratado de 15 de Setiembre y que estaba dispuesta á admitir las mejoras que propusiesen.

Hay, en efecto, esas dos frases; esto se escribió en el 27 de Marzo, llegando á Madrid en el 29, y precisamente infiere una inmensa responsabilidad para aquel ministerio, que dió el más completo silencio por respuesta; sin que puedan ser disculpas los acontecimientos del 8 de Abril, por lo que todavía trascurre el resto de ese mes, el de Mayo y veintitantos días de Junio, para que se pudiera haber contestado, y sin embargo, nada se hizo; el Gobierno actual ha pasado por crisis que han durado más tiempo que aquella, y yo puedo asegurar, al menos de mi departamento, respondiendo, que ningún negocio se ha retrasado un sólo minuto. En esos despachos se ve que el Sr. Mon hacía esa indicación porque el Gobierno no le había dicho nada, y aparece que quien tomó la iniciativa en aquel negocio fué el Príncipe de Metternich, autorizado debidamente por su Gobierno, y que el Sr. Mon no podía obrar porque no tenía instrucciones, rogando al Gobierno que se las diese; no se le contestó, como he dicho, y ahí están los despachos sin ningún género de resolución.

El Sr. Pacheco, que era entusiasta por la unidad italiana, tampoco se le daban instrucciones, lo que se desprende igualmente de un despacho suyo en que, refiriéndose á otro despacho, manifestó que sin duda el Gobierno no le había considerado bastante importante para acusarle siquiera el recibo, y eso que en él daba cuenta de las negociaciones entabladas por Vegazzi, habiendo sobre este punto un telegrama en que se decía que la cuestión era importantísima, exponiendo además algunas otras consideraciones. Este telegrama hubo de convencer al Sr. Mon, y contestó con otro telegrama á los cuatro días, diciéndole que se le enviarían por el correo instrucciones detalladas.

Esto fué el día 8 de Junio, y sin embargo, pasaron los días restantes hasta que el ministerio hizo dimisión, sin que se le dieran esas instrucciones; y el Senado podrá comprender cuál era la posición del Sr. Pacheco y la de los embajadores que se hallaban colocados en las mismas circunstancias, con sólo considerar lo que dice en la única carta suya que, como ministro, tuve, pues decía en ella que rogaba se vieran los despachos que había remitido, toda vez que en ellos se hallaba de algunos puntos que eran graves, que no habían tenido respuesta, y respecto á las instrucciones, no se le habían dado. Y añada que no había nada más triste que encontrarse en tal situación, consultando al Gobierno y no sabiendo qué es lo que este pensaba, y todo esto seguido de otras consideraciones por este orden.

Veá, pues, el Senado, si después de lo que acabo de manifestar, la enmienda que se presenta, y que arranca exclusivamente de los que entonces fueron ministros, puede ser otra cosa que una enmienda po-

lítica, una táctica de Parlamento, para ver si logra poner algún obstáculo al ministerio ó consigue su caída. Yo les reconozco su derecho, no lo censuro; pero si me veo en la necesidad de censurar el que se vaya á mezclar la religión en lo que tiene un fin tan profano.

Déjese la administración del Estado al ministerio presidido por el señor duque de Valencia, y entró á sucederle el actual, presidido por el señor duque de Tetuán. No era nuevo su programa; creía que debía hacerse el reconocimiento del Italia; lo había dicho en el Parlamento; había sido objeto de programas, y era, por consiguiente, una cosa conocida que no podía sorprender á nadie; y que se había de reconocer el reino de Italia por esta ministerio, lo preveía el mismo Santo Padre, según lo deja ver un despacho del Sr. Pacheco, en que manifestaba que la opinión de Su Santidad era que se entraba en el poder el actual presidente del Consejo de ministros reconociera el reino de Italia. Con esto voy á entrar en la parte relativa á lo que el ministerio actual ha hecho respecto á este asunto, y como estoy algo fatigado, desearía que el señor presidente se sirviera concederme algunos minutos de descanso.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende la sesión por diez minutos.

Eran las tres y cincuenta minutos.

Abierta de nuevo á las cuatro, dijo el Sr. PRESIDENTE: Continúa en el uso de la palabra el señor ministro de Estado.

El señor ministro de ESTADO (Bermúdez de Castro): Suspendí mi discurso justamente al entrar á examinar el período del actual ministerio, en la parte que ha tenido en el reconocimiento de Italia. Ya en nuestro programa aunciamos este acto, esperando por Su Santidad, quien lo había aprobado como un acto político, y que en nada se roza con la cuestión de Roma, y el Senado habrá reparado que tampoco el Sr. Seijas Lozano me ha dirigido argumento alguno por la manera como se ha verificado. Por consiguiente, no molestaré la atención de la Cámara demostrando la participación del Gobierno en este asunto, y aguardo tranquilo las acusaciones que la oposición formula acerca de su inoportunidad; diré, sin embargo, algunas palabras. ¿Qué es lo que, según parece, detuvo al ministerio anterior en el reconocimiento de Italia? El Sr. Benavides en varias ocasiones manifestó que aguardaba á ver el resultado de la convención de 15 de Setiembre, y al mismo tiempo á que se aclararan los misterios que se suponía encerraba.

Por el contrario, el Gobierno de S. M. ha creído que antes de que el tratado se llevara á ejecución completa era cuando debía pensarse en situación de poder emplear su voz y sus gestiones para que fuera interpretado de la manera más favorable á la Santa Sede. El Gobierno de S. M. no ha visto ni ha debido ver ya ambigüedad en la convención de 15 de Setiembre, pues el Senado recordará que ha sido objeto de muchas explicaciones y de terminantes declaraciones por el Gobierno francés, como consta en los despachos del 28 y 30 de Octubre de 1864. Y además, tenemos las palabras pronunciadas en el Cuerpo legislativo del vecino imperio por el ministro de Estado Mr. Hohner, contestando á Mr. Thiers en la sesión de las Cámaras francesas, abiertas en Abril último, cuyas palabras quitan absolutamente toda duda acerca de la significación del tratado franco-italiano. Pues bien, con arreglo á estos datos, el Gobierno de S. M. no podía titubear en reconocer el reino de Italia, satisfaciendo así necesidades políticas y lo que la opinión pública exigía; en este sentido tiene negociado.

Señores, no deseo, por respetos á altos sentimientos, entrar en la cuestión acerca del espíritu religioso invocado y mezclado por el Sr. Seijas en las cosas más terrenales; pero no puedo menos de decir que su señoría mismo se ha contradicho al declarar que la cuestión del poder temporal del Papa no es una cuestión de dogma, con lo que está conforme el Gobierno, por más que le considere como un elemento necesario para el libre ejercicio del poder espiritual. Ahora bien; si no es una cuestión de dogma, ¿por qué nos decía S. S. que se habían alarmado las conciencias? Señores, si las mujeres y los niños se han alarmado es porque son masa más blanda, en donde las ideas políticas, cubiertas con el manto de la religión, han tratado de imprimir su huella. Y si estamos de acuerdo en reducir la cuestión á la posesión mayor ó menor de territorio, pregunto á S. S.: ¿cuándo estas cuestiones, relativamente á la Santa Sede, se han resuelto de otra manera más que como cuestiones pertenecientes al orden civil? Muchos ejemplos podría aducir en comprobación de esta verdad, pero citaré dos ó tres únicamente.

El Sr. Seijas nos ha hablado del venerable Papa Pío VII; pues bien, cuando Su Santidad ocupó la Silla de San Pedro poseían los austríacos las Legaciones cedidas por su antecesor al general frances Bonaparte. ¿Y cuál fué la respuesta de Austria al reclamar el Papa esa comarca? Que no se la devolvería; que el Papa la había perdido definitivamente por el tratado de Tolentino; que Austria la había conquistado á Francia y que se quedaba con ella; y por más que Pío VII protestó, ningún caso se hizo de su protesta.

En seguida vinieron las tribulaciones y pérdidas que sufrió la Santa Silla durante el primer imperio, acerca de las cuales no me detendré porque ya su señoría las ha referido; pero sí recordaré lo que pasó al llegar el día de la reparación. El Papa se presentó inmediatamente pidiendo que se devolvieran los Estados que la Iglesia había perdido, contestándosele que iba á reunirse un Congreso, que fué el de Viena; que ese Congreso había de fallar sobre la masa general de bienes tomados á Francia, y adjudicarlos á cada uno los que tuviera por conveniente; así se efectuó, y las Legaciones fueron ofrecidas, traídas y llevadas como un territorio que á nadie pertenecía; y si al fin se le dieron al Papa, fué á condición de que renunciara á Avignon y algún otro territorio, haciéndosele entender que no recobraba cosa suya, sino que aceptaba una donación con las condiciones que el donante quisiera imponerle.

Y en otro tiempo recuerdo también otro ejemplo que viene al mismo propósito, y que prueba además, que los mismos Papas no consideran muy enajenar de la propiedad de la Iglesia, supuesto que Pío VI dió los ducados de Parma y Toscana al duque de Paraccesi. Véase, pues, cómo si el poder temporal es conveniente y necesario para el ejercicio del espiritual, no puede decirse que tenga determinadas condiciones.

Aquí debía concluir si el Sr. Seijas, en la introducción de su discurso, no hubiera aventurado alguna expresión de que debo hacerme cargo. Dijo su señoría que con el reconocimiento de Italia había perdido la Reina de España tres coronas. (El Sr. Seijas: No he dicho eso.) Bien, derechos eventuales á tres coronas.

Supongo que esas tres coronas á que S. S. se refiere son las de Luca, Parma y las Dos Sicilias, y debo contestar que en cuanto á Luca el acta del Congreso de Viena concedió su reversion á la casa de Toscana; y respecto á Parma, el artículo 99 del mismo tratado dió el usufructo, por vida, de ese Estado á la Emperatriz María Luisa, advirtiéndole que por Francia, Rusia, Austria y España se arreglaría la cuestión de la reversion, teniendo siempre presentes los derechos de Austria y Cerdeña á la reversion de ese Estado; llegó el año 17, y estas naciones fijaron la reversion para cuando muriese María Luisa, á la casa de Borbon en la persona de la Infanta doña María Luisa; pero con la misma restricción que decía el tratado de Viena. No tenemos, pues, derecho alguno á dichos Estados, y quedan las tres coronas reducidas á una. Vamos á ver ahora los derechos de la Reina de España á la de las Dos Sicilias.

Desde luego, si esos derechos están lastimados, no es por el acto del reconocimiento de Italia, sino por el jefe de la familia de Nápoles, que ha perdido sus Estados; de modo que, si mañana Francisco I, por las circunstancias políticas, recobrara su trono, entonces sería cuando renacerían los derechos que tengan los demás nacidos del suyo. ¿Y cuáles son estos derechos? Hay, señores, un acta de sucesión dada por Carlos III á su antiguo reino cuando vino á ceñir la Corona de España, en la cual se establece que hayan de heredar el trono todos los descendientes de varón, y solamente á falta de varón pueden ocuparle los de hembra; luego estos derechos, para que la Reina de España pueda tenerlos como hembra, han de pasar primero por el mismo Rey de Nápoles y sus descendencia directa, por sus hermanos y la suya, por sus hijos y la suya, por el Infante de España D. Carlos ó sus sucesores, por D. Francisco, y después que una serie casi improbable de acontecimientos hubieran hecho que no existiera más representante que la Reina doña Isabel II, todavía se encontraba con una cláusula expresa que prohibe que el Trono de España y el de Nápoles estén ocupados por la misma persona. Veá el Senado si después de todo esto es serio hablar de derechos eventuales.

Concluyó el Sr. Seijas su discurso con un brillante rasgo de elocuencia, pidiendo en nombre de los católicos de diez y ocho siglos, que les dejemos su religión pura y no alterada. Yo, señores, á esto no le he de contestar más sino que los templos de S. S. son los mismos que los del ministerio, y que están tan seguros en nuestras manos como en las suyas; rogándole que nos dirija cuantos cargos tenga por conveniente; pero que no mezcle la Religión con la política, y sobre todo, que no la haga máquina de guerra parlamentaria, pues estas son cosas poco agradables á Dios, que podrá algún día pedirle estrecha cuenta por su conducta.

El señor marques de MIRAFLORES: Tengo pedida la palabra en contra de la totalidad del dictamen; pero aludido varias veces por los Sres. Seijas y ministro de Estado, y considerando que después de fallar la Cámara sobre la enmienda del Sr. Seijas, queda virtualmente resuelta la cuestión de Italia, he de hacer algunas observaciones sobre este asunto, al mismo tiempo que me ocupo de las afusiones que se me han dirigido. De manera que, después de contestar á ciertas inculpaciones del Sr. Bermúdez de Castro, entraré en el fondo de la cuestión, que no es otro que la oportunidad ó inoportunidad del reconocimiento de Italia.

En dos épocas se ha tratado mi participación en este negocio, ó sea en 1861 cuando fui embajador de S. M. la Reina en Roma, y en 1863 cuando tuve la honra de presidir el Consejo de ministros, de cuyo tiempo ha dicho el señor ministro de Estado que nada hice en favor del Padre Santo. Respecto á la primera época, yo, señores, fui á Roma durante la administración de la que se llama Unión liberal, y allí ni pretendí ser iniciador de nada, ni hice más que seguir las instrucciones del Gobierno de S. M. Verdad es, sin embargo, que á mi llegada á la Ciudad Eterna la situación de los negocios era muy crítica, pues nadie trataba más que acerca del momento en que el Papa, y el colegio de Cardenales habían de abandonar la capital del orbe cristiano.

Mi deber, como embajador de la Reina de España luego que me enteré del estado de las cosas, era llevar la confianza á los espíritus alarmados, y así lo hice. Tranquilizáronse en efecto los tímidos; la perspectiva del abandono de Roma dejó de ser tan amenazadora, y llegó la noticia de que el Emperador de los franceses autorizaba al Cuerpo legislativo para discutir el mensaje, fijándose á consecuencia de la discusión, cierta especie de *status quo* para la cuestión romana. Sea como quiera, yo propuse una negociación de las Potencias católicas en favor de la Santa Sede, y á propósito de esto, el señor ministro de Estado, declarándose más ortodoxo que yo, decía: ¿qué apoyo daba el señor marques de Miraflores al Padre Santo al indicar que no debía tener participación en la negociación?

Es muy sencilla mi respuesta, pues S. S. tiene demasiado talento para conocer que siendo mi deseo conservar, no empeorar la situación de Roma, no podía buscar un obstáculo en su participación, toda vez que la Santa Sede prefería la muerte á faltar á sus principios.

Pasó el año 1863. El Sr. Bermúdez de Castro me increpaba porque nada hice entonces como presidente del Consejo de ministros en favor del Sumo Pontífice. Yo, señores, tenía en el ministerio por compañeros á personas respetables, con cuya opinión debía contar; además, desde mi peñmanencia en Roma adquirí la convicción de que al día que las tropas francesas abandonasen aquella ciudad, la revolución es inminente, y no sería extraño que entrasen en la capital del orbe católico como protectoras las tropas del Rey de Cerdeña, quedara clavada sobre el capitolio la cruz de Saboya. Digo, pues, que mis compañeros de Gabinete pensaron como yo, que nada podíamos hacer más eficaz en beneficio de la Santa Sede que conservar el *status quo* el mayor tiempo posible.

Vamos ya á la cuestión de Italia, ó sea á saber si nuestra acción ha cumplido ó no con el reconocimiento, las obligaciones que la una respecto á la Silla apostólica.

El Sr. PRESIDENTE: Señor marques, el reglamento no autoriza á V. S. para contestar; bien sé que se ha establecido esta costumbre en el Senado; pero como presidente nuevo, quisiera que la Cámara dijera si es su voluntad que se observe ó no el reglamento, y en caso afirmativo, V. S. no puede hacer más que ocuparse de las alusiones personales.

El señor marques de MIRAFLORES: Siento decir á V. S., señor presidente, que en estos Cuerpos ha sido siempre más fuerte la práctica que el reglamento. Sin embargo, estoy á disposición de V. S., que puede consultar á la Cámara si le da continuar ó no en el uso de la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: V. S. tiene pedida la palabra en contra de la totalidad, y entonces puede extenderse lo que tenga por conveniente. En cuanto á consultar á la Cámara no lo haré porque el reglamento me dice que proceda así cuando tenga dudas, y en este momento no dudo. Ruego, pues, á V. S. que no conteste á los señores que han hablado anteriormente y se ciña en lo posible al art. 75 del reglamento, cuya lectura va á hacerse por un señor secretario.

Leído, en efecto, por el señor duque de Tamames, continuó

El señor marques de MIRAFLORES: Dijo, señores, que en el turno de la palabra que me corresponde, podría hablar con más latitud; pero como después de resuelta la enmienda del Sr. Seijas, parece inoportuno tratar la cuestión de Italia, lo iba á hacer ahora manifestando lo menos posible la atención del Senado. Esta es una cuestión concreta, y si no se juzga en todos los terrenos, es imposible que la Cámara vote con conocimiento de causa.

Decía el señor ministro de Estado, que el Gobierno había procedido al reconocimiento de Italia, porque, explicado como lo había sido el tratado de 15 de Setiembre, no hay que temer en el porvenir eventualidades respecto á la cuestión de Roma.

Siento no estar conforme con S. S.; mientras el Austria tenga su pie en el Véneto, mientras no se vea perfecta la identificación del reino de Nápoles con el resto de Italia, no cesan de existir esas eventualidades, por más que no sean próximas. Por otra parte, como adquirió el actual Gabinete esa seguridad? El día 20 de Junio subió al poder el señor duque de Tetuán, y el 21 expuso aquí su programa, en el que se anunciaba el reconocimiento de Italia; luego no sé cuándo pudo hacerse cargo de los antecedentes de esta cuestión. Pero la gran razón invocada por el señor ministro de Estado en el tratado de 15 de Setiembre, y ese tratado, señores, no es una solución, sino un expediente.

No quiero esto decir, sin embargo, que el Gobierno español no deba reconocer á Italia, sino que ha debido esperar á que Su Santidad estuviera completamente seguro en su silla, pues el tratado franco-italiano, con todas las aclaraciones que se quieran, lo cierto es que no inspira confianza en su completa ejecución ni aun á la misma Francia, y prueba de ello son las mismas explicaciones á que se ha referido el Sr. Bermúdez de Castro.

Háse dicho también que a situación de España era rebajada después del reconocimiento de Italia por las demás Potencias de Europa, y que con este acto nuestra nación se ha colocado en una posición más ventajosa para favorecer al Pontífice, adquiriendo al mismo tiempo importancia. Pues yo contestaré su señoría que hoy dos especies de importancia para las naciones: la material y la moral; la importancia material depende de sus soldados, sus buques y sus tesoros; y la moral, del fiel cumplimiento de su misión histórica, pues cuando una nación la abandona, pierde toda su influencia, da una muestra de debilidad, y hace una cosa que sólo puede disculparse cuando las naciones pasan por crisis revolucionarias.

Nosotros, pues, hemos prescindido de nuestra misión histórica al abandonar al Sumo Pontífice, toda vez que el reconocimiento de Italia menoscaba sus derechos, á no ser que se hubiera verificado hallándose Su Santidad satisfecho y conforme con los estrechos límites de sus mercedadas provincias.

Aún tengo que hacer algunas otras observaciones; pero habiendo pasado las horas de reglamento y estando muy fatigado, no quiero abusar de la benevolencia de la Cámara, y la rogaría que me la signiera dispensando el lunes próximo, por el breve tiempo que todavía necesito emplear en concluir mi discurso.

El Sr. PRESIDENTE: Estoy incurriendo en responsabilidad, porque pasadas las horas de reglamento he permitido que el señor marques de Miraflores haga un discurso de una hora. Y como después de esa tolerancia dice S. S. que continuará el lunes, procuraré evitarlo para lo sucesivo.

El señor marques de MIRAFLORES: Si el Senado me lo permite, en diez minutos concluyo.

El Sr. PRESIDENTE: Habiendo pasado las horas de reglamento, se suspende esta discusión.

Orden del día para el lunes: á primera hora segunda lectura y apoyo de la proposición sobre reforma del art. 92 del reglamento, y después continuación del debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

Se levanta la sesión.

Eran las cinco y cincuenta minutos.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 3 de Febrero de 1866.

Se abrió á las dos, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Congreso acordó conformándose con lo expuesto por el señor presidente, que las listas de los señores diputados que ejercen cargos públicos en todos los ministerios, pasaran á una sola comisión que informase sobre la compatibilidad ó incompatibilidad de dichos cargos.

El Sr. CARDENAL anunció una pregunta al señor ministro de la Gobernación sobre la injusticia con que el fiscal de imprenta ejercía sus funciones, dejando que los diarios ministeriales acusasen al partido moderado y no dejasen á los diarios de este partido que le defendiesen.

El Sr. PERLZ DE MOLINA dió lectura de un Boletín extraordinario de la provincia de Huelva relativo á la entrada en Portugal del general Prim con sus parciales, y suplicó á la mesa que se sirviera ordenar su publicación en el extracto del Diario de las Sesiones.

El Sr. FAGES anunció una pregunta al señor ministro de Hacienda sobre multas por faltas relativas á la renta del papel sellado, que se han hecho efectivas en la provincia de Girona, y suplicó que se enviase al Congreso el expediente sobre este asunto.

El Sr. MENDEZ VIGO, haciéndose cargo de las palabras que dijo el Sr. Reina, dijo: pasados sobre los últimos sucesos en Valladolid, y después de negar que tuviera otro carácter que el político, expresado por los gritos que allí se dieron, pidió al Gobierno que se sirviera enviar al Congreso los datos que sobre tales hechos tuviese.

El Sr. MOYANO suplicó a la mesa que se leyese la parte del discurso pronunciado por el señor ministro de la Gobernación en la otra Cámara, relativo al asunto de que trataba el Sr. Mendez Vigo.

El Sr. PEREZ DE MOLINA suplicó a su vez que el Gobierno presentase una nota de todas las disposiciones que ha dictado sobre los últimos sucesos.

El Sr. REINA pidió que constase que había pedido la palabra por haber sido aludido por el Sr. Mendez Vigo.

El señor conde de XIQUEÑA excitó al Gobierno para que presentase cuanto antes los presupuestos.

Leyóse el discurso del señor ministro de la Gobernación, cuya lectura pidió el Sr. Moyano.

El Sr. CORONADO reprodujo la pregunta que dirigió días pasados al Gobierno sobre abusos del gobernador de Huesca, y la amplió pidiendo que se dijera qué había de cierto sobre nuevos abusos ocurridos en la misma provincia.

El Sr. CASAVAL anunció una interpección sobre la cuestión de orden público.

El Sr. PRESIDENTE manifestó que todas las preguntas se pondrían en conocimiento del Gobierno.

Leyóse la lista de los señores que en representación del Congreso han de asistir a la presentación del nuevo Infante a Infanta que diere a luz en Sevilla su alteza Real la duquesa de Montpensier.

Dióse lectura de varias enmiendas al proyecto de contestación al discurso de la Corona.

Juraron y tomaron asiento seis señores diputados. Y se levantó la sesión siendo las tres y cinco minutos.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. Santa Agueda, Virgen y mártir, y San Felipe de Jesús, y compañeros mártires del Japon.

SANTO DE MAÑANA. Santa Dorotea, Virgen y mártir.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de monjas de las Maravillas (calle de la Palma), donde continúa la novena de su excelsa titular: a las diez será la Misa mayor con sermon que predicará D. Felipe Velazquez, y por la tarde en los ejercicios D. Pro Hernandez Fraile. Como último día de jubileo se hará procesion con el Santísimo Sacramento, antes de reservar.

En San Antonio de los Portugueses habrá Misa mayor con manifestación en obsequio de su glorioso titular.

Por la noche habrá ejercicios en Italianos, San Ignacio y oratorios.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora de Atocha en su iglesia, la de Covadonga en San Luis, ó la de la Soledad en San Nicolás.

Se reza de Santa Inés, Virgen y mártir, con rito doble y ornamento encarnado, haciéndose conmemoración de Santa Dorotea.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

El presidente de la facultad de la Real Cámara, marques de San Gregorio, participa al Excmo. señor presidente del Consejo de ministros con fecha 3 de Febrero, que S. M. la Reina y el Sr. Sr. Infante D. Francisco de Asís Leopoldo continúan sin novedad.

El mismo señor marques, con igual fecha, dice: que en consideración al estado satisfactorio de S. M. y de S. A. cesan las partes que la facultad ha tenido la honra de dirigir al presidente del Consejo de ministros.

Las demás personas de la augusta Real familia seguían asimismo, según la Gaceta, en perfecto estado de salud.

VARIEDADES.

REVISTA DE MADRID.

Continúan las corridas de toros en el Teatro Real, ó mejor dicho, las batallas, los paños y todas las localidades de abajo y de arriba del teatro de la plaza de Oriente se han transformado en los tendidos de la Plaza de Toros.

Ya sé yo que poco más ó menos el público es siempre el mismo, pero suele tener cierta semejanza con los cuerpos líquidos, en virtud de la que toma la figura de la vasija en que se deposita.

Por eso no parecía extraño que al mismo tiempo que era por la tarde un público escandaloso y feroz en la Plaza de toros, apareciera culto y decente por la noche en el Teatro Real.

En el orden de las cosas parecía esto natural y lógico, porque cada espectáculo necesita un público propio y a propósito.

Una mesa redonda, por ejemplo, sobre la que hay una baraja, llama necesariamente al rededor de su circunferencia a un público, dignísimo así, particular, en el que cada individuo busca la llave del bolsillo ajeno en cualquiera de los naipes que forman el conjunto de la baraja.

No hay derecho para exigir a esta reunión de seres humanos ninguna de esas condiciones y circunstancias que se exigen a los hombres en la comunicación ordinaria en que todos estamos obligados a vivir.

Jugador es una palabra, es un no abre que el diccionario definirá como quiera, pero que su verdadero sentido será siempre el mismo.

Jugador es el hombre que no tiene nada que perder. Por más vueltas que se le dé al asunto y ya sea en el salón de un palacio ó en el desván de una buhardilla, donde quiera que se coloque esa mesa y esa baraja, surge inmediatamente el garito.

Esto es claro para todo el que haya llegado a comprender que el garito está en la baraja, como el ratón está en la gauda, como el pensamiento está en la palabra.

Pero acontece que desde el momento en que el jugador abandona la mesa del juego, suele convertirse en otro hombre.

Parece como que al cambiar de sitio cambia de ser. Viene a ser como una traducción que hace de sí mismo conservando el fondo y variando la forma.

Esta transformación conviene muy a menudo al jugador en caballero, y aun me atrevo a decir que al jugador en hombre.

Así el público es según donde está.

Público es la reunión de gentes que forma la sociedad, y las plazas, pues no hay razón ninguna para que se le prive de ese nombre respetable.

Pues bien, elevad ese público al teatro de un salón, y lo veréis inmediatamente cambiar de aspecto.

Es cuestión de forma.

Si os parece que es más difícil subir que bajar, subid el orden del experimento.

Colocad en una plazuela al público de un salón y observareis el mismo fenómeno en sentido contrario.

Ya sabéis que media vuelta a la derecha es, lo mismo que media vuelta a la izquierda, sin perjuicio de ser entre sí dos actos opuestos.

Si lo que estoy demostrando no fuera una verdad evidente, habría en el orden humano una inmensa injusticia.

El hombre se vería condenado a una prisión perpetua y viviría constantemente encerrado dentro del estrecho calabozo de su propio ser, viéndose poderosamente sujeto al trabajo forzado de ser siempre el mismo.

Habría además una paralización completa en todos los miembros del cuerpo social en que cada individuo vería cerrado el paso por todas partes y renunciaría a todo movimiento como el hilo preso en la cárcel de la vida.

No sólo sería una injusticia y además la muerte, sino que también sería un gran absurdo, aritmético.

Es evidente que sujeto el hombre a la crueldad de ser siempre el mismo, es claro que no podría ser nunca más que uno y en este caso la sería absolutamente imposible multiplicarse.

Me parece que este último argumento no tiene vuelta de hoja y que podemos asegurar en virtud de tanta patente demostración que el hombre es por su naturaleza social y progresiva una serie de individuos.

Oid por un momento la conversacion de dos mujeres, pues tratándose de hombres, son ellas siempre autoridad irrecusable.

Estas dos mujeres, parece mentira, son amigas antiguas, pero no se han visto en mucho tiempo, lo cual destruye la inverosimilitud de la amistad antigua.

—Una de ellas pregunta: —¿Y aquel? —Aquel es el marido de aquella a quien se dirige la pregunta. Ella contesta: —Aquel es otro.

—De modo que.... —Claro está, no es el mismo.

—De manera que te has casado dos veces.

—Sí, una con aquel y otra con este.

—¿Conozco yo al último? —De seguro no lo conocerás; yo misma no lo conozco.

—¿Cómo se llama? —¡Toma! se llama Manuel Garcia.

—Pero ese es el mismo.

—Ca, el nombre el mismo, el hombre otro.

—Ya; te doy la enhorabuena.

Lo que sucede con el individuo sucede con la colección, y por eso el público es siempre el mismo y siempre otro, y por eso a nadie causara estranjería que siendo el mismo público el de la plaza de Toros y el del Teatro Real, fueran tan distintos.

Pero la ley de estas transformaciones no sólo violada, resultando en el Teatro Real el público de la Plaza de Toros.

Cada ópera que se pone en escena, es una corrida de novillos.

A los ojos del público sucede lo que es natural; la compañía se convierte en cuadrilla: cada función es un escándalo.

Más de una vez se han presentado en la escena del teatro Real cuadros de cantantes peores que los que hoy tiene arrojados la empresa, pero en honor de la verdad, debo decir que un público peor no se ha visto nunca en el Teatro Real.

Es el público de la Plaza de Toros.

Parece un público alquilado.

Dicen unos: no se puede ir al Teatro Real, porque la compañía es muy mala.

Y en efecto, al Teatro Real no se puede ir, porque el público es detestable.

¿Será esta serie de escándalos el resultado espontáneo de la indignación de un público inteligente? ¡Veamos!

En materias de arte no hay inteligencia si no hay buen gusto, y los espectadores que ese público está dando son del peor gusto posible.

En punto a música, la cuestión es de oído, y nadie desafina tanto como ese público que auda todas las noches en el Teatro Real.

La última sílaba la ha sufrido La Africana.

El escándalo llegó a las últimas notas de la escala. No hay en el mundo una boja que haya podido subir nunca tanto.

Y se comprende.

Se trataba de La Africana y era preciso localizar bien el lugar de la escena.

El sentimiento artístico del público comprendió esta necesidad del arte y dió a la escena su color verdadero.

En medio de aquel desorden de voces, de gritos y de ademanes era imposible no aplaudir el espectáculo exclamando:

—Bravo, bravísimo; estamos en Africa.— J. S.

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

RECONQUISTA DE MADRID.

CRÓNICA DEL SIGLO OCTAVO.

(Conclusion.)

Quien pronunció estas últimas palabras cortando el diálogo entre ámbos caballeros, era el pajeillo Jimeno, que sin poderse contener, se arrojó sobre Garcés, esgrimiendo una larga espada.

Garcés hizo dar un salto a su caballo al sentirse tan bruscamente acometido, pero el joven lo había cogido del diestro, é introduciendo su acero en el pecho del

animal, hizo caer en tierra al ginete, quedando los dos en igual grado de defensa.

Tan rápido había sido aquel movimiento, que cuando se hicieron cargo de lo que pasaba Gracian y Ruiz-Perez, ya estaban los dos luchando encarnizadamente.

No era el sentimiento de la conservación lo que movía a Garcés a defenderse del paje, sino el vivo deseo de no morir hasta conocer a su hijo.

Pero había llegado la hora de la expiación.

¿Sería un niño el que había de castigar el tejido de crímenes que había formado los días de la existencia de aquel hombre?

Aturdido Garcés con aquella repentina acometida, se defendía débilmente, y a los pocos momentos, al adelantarse a su adversario, tropezó en un obstáculo que encontró en el suelo, y cayó a tierra.

Entonces el joven se arrojó sobre él, y levantó su acero para introducirse en el pecho.

Pero al mismo tiempo un hombre apareció en el lugar de la escena, y gritó con voz de trueno:

—¡Jimeno! ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a arrancar la vida al padre de María?

—¡Su padre exclamó el paje dejando caer su espada en el suelo.

—¡María! prorumpió el caído, ¡Oír! María es mi hija!... ¡Déjame, déjame... quiero abrazar a esa hija!...

Y rápido como el pensamiento, se levantó y comenzó a correr en direccion al pueblo.

Pero un hombre salió de entre las piedras levantadas de la ermita, y se arrojó sobre Garcés, diciendole con acento rufoso y vengativo:

—Recibe el premio de tu traición!

Y hundió un puñal en el pecho de Garcés, que cayó desplomado, exclamando:

—¡Castigo del cielo! ¡Dios mio, perdón!...

El hombre del puñal era un agareno.

—¡Jimeno! prorumpió Gracian reconociéndolo.

Todo esto había acontecido en muy breves instantes.

El que había evitado con su voz que el paje quitase la vida a Garcés, era Martín.

—¡Acabemos con estos agareños! algo respondió ya de aquella escena.

Y volaron todos en seguimiento del enemigo.

Y corrieron hacia Madrid, que abrió sus puertas a Gracian, y unidos a éste y a los suyos los habitantes, que en su mayor parte eran cristianos, acabaron de desbaratar las fuerzas que habían quedado en Madrid para su defensa.

La Virgen de Atocha había inundado tal espanto y confusión en los enemigos de Dios, que unos á otros se mataban, atropellándose por escapar de la venganza de los cristianos.

Solamente así puede explicarse aquella victoria.

Una vez en posesión Gracian de Madrid, comprendió con cuánta precipitación había procedido al arrancar la vida a los tres seres más queridos de su alma.

¡Qué victoria más triste que la que le había arrancado una esposa y dos hijas!

Si se regocijaba como caballero por la reconquista de Madrid, sentía como esposo y como padre la pérdida de Margarita, Lucia y Clara.

Seguro ya de que el enemigo no se atrevería á acercarse á Madrid, tomaron Gracian y sus caballeros el camino de Rivas, y triste y cabizbajo se acercaba el noble vencedor al que había sido teatro de tan fúnebre acontecimiento.

Ahora reconocía su precipitación, y temblaba por el momento en que al entrar en la ermita, aquellos tres muídos cadáveres le hicieran patente la ofuscación que se había apoderado de su alma.

Y sin embargo, un sentimiento de honor exagerado le había impulsado a tener sus manos en sangre tan querida.

Ya casi estaban en el terreno del atochar.

Las puertas de la ermita se habían cerrado por aquel, á fin de que ni aun cadáveres sirvieran sus cuerpos de juguete á los agareños.

Más le aquí que al divisarla, ven abiertas las puertas.

¿Quién las había abierto, si todos la habían abandonado, al dar caza á los moros?

No sabemos qué presentimiento surgió en el alma de Gracian.

Entretanto todo el acompañamiento de este camiónaba tras él en silencio.

Era que todos participaban de la angustia que ahogaba su alma.

Por fin llegó á la entrada; penetra Gracian en la ermita, tiende sus ojos hacia el altar, y al fijarse en él, apenas puede creer lo que pasa por sus sentidos.

Todos entran detras del caballero, y lanzan un grito de admiración y de alegría.

¿Qué habían visto aquellos hombres?

Al pie del altar, delante de la imagen de la Virgen de Atocha, estaban llenas de vida Margarita, y sus dos bellas hijas postradas en ademan fervoroso.

—¡Margarita!... ¡Lucia!... ¡Clara!... gritó Gracian saltando el corazón de su pecho, y arrojándose en brazos de aquellos pedruzcos de su alma.

—¡Vivis!... ¡están vivas!... exclamaron todos.

—¡Gracian! pronunció Margarita, ¡bendice á la Virgen de Atocha que nos ha devuelto la vida!...

—¡Milagro!... ¡milagro!... repetían los oyentes de rodillas ante la imagen.

—¡Clara, con que es cierto? ¿no es ilusión de mis sentidos? murmuraba Ruiz-Perez.

—No, respondió aquella, esa Virgen purísima la realizo mi sueño.

—Margarita... su protección ha sido completa; á esa Madre amorosa debo la reconquista de Madrid y la resurrección de mi familia, continuaba Gracian.

—¡Bendita tú mil veces, Virgen María!... ¡pués tras lenguas no cesarán jamas de cantar tus alabanzas!

Y se confundieron todos, dándose plácemes, en tanto que brotaban lágrimas de los ojos de aquellos hombres sencillos.

Como prueba del milagro obrado por la Virgen de Atocha, los cuernos de Margarita, Lucia y Clara conservaban una cinta roja en el sitio en que el acero de Gracian se tiñó con la sangre inocente de aquellas víctimas del honor (1).

Hasta aquí la crónica que acabamos de referir. Sin embargo de que no nos hemos dedicado al estudio de las antigüedades, no sabemos como se nos vino

á las manos una hoja, que estaba mal pegada á un libro, y en ella nos encontramos de manos á boca con unos garabatos, que ni el más pintado que les interpretara.

No tuvimos que ir á buscar á algún moro que nos ahorrara este trabajo, como se vió obligado á hacerlo el autor del Quijote, porque los tales caracteres en que parecía estar escrita, no eran arábigos ni mucho menos.

El primer trabajo consistió en averiguar el idioma en que estaba, y por cierto aseguro á mis lectores que casi pudiera llamarse obra de romanos tal averiguación.

Como por nuestra diaria ocupacion tenemos que haber siempre á las manos libros latinos, se nos vino á las mentes, y vean mis lectores qué feliz inspiración, que el tal polvoriento papel debía estar escrito en el idioma de Cicerón.

Y pusimos manos á la obra; y ya descifrando una palabra, ya una letra media borrada, ora un nombre, ora una abreviatura, unas veces maldiciendo el manuscrito y á su pésimo autor, otras revolviendo nuestro mágin y dando vueltas al papel en todas direcciones, acabamos, despues de largas vigiliyas y de prolijos trabajos, de traducir lo que en él había querido poner su autor.

¿Y quieren saber nuestros lectores por qué teníamos tanto empeño en resolver aquel enigma?

Pues fué porque ignorábamos cuál había sido el fin que habían tenido los personajes de nuestra crónica, y un presentimiento oculto nos aconseja, diciéndonos que en aquel papel debía hallarse algo de lo que nosotros buscábamos.

Estos caracteres tan raros nadie podía haberlos fraguado sino el que escribió el pergamino que tal variacion había obrado en el alma de Juan Garcés.

Y nuestro presentimiento no nos engañó.

Veán ahora nuestros lectores lo que pudimos sacar en claro.

El manuscrito parecía datar de una época seis años posterior á la en que tuvo lugar nuestra crónica.

Gracian vivia feliz con su esposa y sus hijas, y en algunos ratos se entretenía en jugarlejar con un niño y una niña frescos y colorados como dos rosas. Eran hijos de Ruiz-Perez y Clara, casados al poco tiempo de la reconquista de Madrid.

Igualmente se habían unido el pajeillo y María, y esta había tenido una preciosa niña.

La dicha más risueña reinaba entre aquellos seres tan virtuosos.

Por lo que respecta á Martín, se pasaba las horas muertas, embobado con los chiquitines como les llamaba él, los cuales le hacían rabiar no pocas veces, tirándole de las barbas.

Alfonsa, no había que temer que retiriese á alguno la historia de la hija de Garcés, por la sencilla razon de que había muerto.

Colás y Antona tuvieron buen cuidado de no meterse más en aperturas, sobre todo si se encontraba cerca el brazo de Pericote.

En cuanto á este, no consta del manuscrito si continuó haciendo progresos, sin saberlo, en el estudio práctico de los principios homeopáticos; sólo se dice en el papel que los ratos de ocio se ponía á referir las innumerables barbaridades obradas por él en la batalla del atochar. Según su cuenta, habían pasado de mil los moros que había despachado.

De Guzman y Garcés no se sabía una palabra por el autor de la hoja. Sin embargo, se susurraba que el primero, al saber en Rivas lo que había pasado en el atochar, había puesto tierra de por medio, por temor á las curas de Pericote; y respecto al segundo, no fué hallado en el terreno en que cayó el rido por el puñal de Islem, ni volvió á saberse nada de él. María ignoró siempre el misterio de su nacimiento.

Un piadoso ermitaño de lengua barba blanca é inmensa capucha que le ocultaba casi todo el rostro, era el guardian de la milagrosa imagen; y se narraban de él pascosas mortificaciones y ayunos: Martín vió, sin embargo, animarse los ojos de aquel penitente anciano no pocas veces, cuando María iba á visitar á la Virgen; y un día al aparecer muerto el ermitaño, el buen escudero, que había concebido una sospecha, corrió á registrar su cadáver y encontró colgado de su cuello y oculto en su pecho un medallón con el retrato de Isabel.

¿Era aquel hombre Juan Garcés, que quiso expiar sus muchos crímenes con el tormento de no abrazar jamas á una hija á quien tanto amaba?

Eso Martín era quien lo sabía, y Dios que recibió en su seno aquel alma penitente.

JOSÉ MARÍA LEON Y DOMÍNGUEZ, Presbítero.

poema El Isidro el gran Lope de Vega. Las primeras palabras las pone en boca de Gracian al volver con los suyos victorioso sobre sus enemigos.

Sabed, amigos que he muerto.

Estando de morir cierto,

Mis hijas y mi mujer:

Mirad si es esto vencer

O llegar vencido al puerto.

De Atocha en la santa ermita

Porque el moro no violara

Mi sangre, al alma tan cara,

Di la muerte á Margarita,

Lucia y la hermosa Clara.

Allí, en muriendo las cierras,

Sin dirlas mejor entiero;

Aunque les di eterna gloria,

Y hame dado Dios victoria

Porque conozca un yerro.

Por el rostro venerable

(Cuando esto digo) caian lágrimas

Las lágrimas que florian

Los ojos, que al lamentable

Caso dos fuentes se hacian.

Discurrí un temer helo

Del grande al menor soldado,

MERCADO DE MADRID.

ENTRADA POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.
7163 arrobas de trigo.
4013 arrobas de harina de idem.
9012 arrobas de carbón.
97 vacas que componen 43793 libras de peso.
385 carneros que hacen 8412 libras de peso.
286 cerdos degollados que hacen libras de peso 101035.

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.

	Reales vellon arroba.	Cuarto libra.
Carnes de vaca.	49 á 52	26 á 36
Id. de carnero.	5 á 28	26 á 36
Id. de cordero.	5 á 28	26 á 36
Id. de ternera.	90 á 98	80 á 60
Despojos de cerdo.	5 á 6	5 á 6
Tocino ajeño.	90 á 94	20 á 28
Id. fresco.	5 á 6	5 á 6
Id. en canal de vaca.	62 á 66	5 á 6
Lomo.	5 á 6	4 á 5
Jamon.	124 á 134	51 á 60
Acetile.	66 á 69	18 á 20
Vino.	40 á 44	12 á 14
Pan de dos libras.	5 á 6	4 á 5
Gariñones.	14 á 16	19 á 20
Judias.	26 á 34	11 á 13
Aroz.	30 á 35	11 á 12
Lentejas.	19 á 23	9 á 10
Carbon.	7 á 8	2 á 3
Jabon.	65 á 68	21 á 23
Patacas.	5 á 6	2 á 3